

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

cazadora de espías

ray lester



—¿Puedo subir a bordo?

Fox Craig respingó al escuchar la bien timbrada voz femenina y súbitamente dejó de sentir interés en seguir abrigando la barra protectora de la proa del yate.

Levantó la cabeza y contempló, modulando un silbido de admiración, a la morenaza que se hallaba mirándole interrogativamente al otro lado de la pasarela.

Calculó Craig que no pasaba de los veintitrés y su cuerpo era de sirena escultural. Las curvas necesarias en los lugares adecuados, aunque sin aparatosas estridencias. Sus ojos eran oscuros y protegidos por sedosas y largas pestañas.



Ray Lester

Cazadora de espías

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1377

ePub r1.0

Lds 19.10.18

Título original: *Cazadora de espías*

Ray Lester, 1976

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

—¿Puedo subir a bordo?

Fox Craig respingó al escuchar la bien timbrada voz femenina y súbitamente dejó de sentir interés en seguir brillantando la barra protectora de la proa del yate.

Levantó la cabeza y contempló, modulando un silbido de admiración, a la morenaza que se hallaba mirándole interrogativamente al otro lado de la pasarela.

Calculó Craig que no pasaba de los veintitrés y su cuerpo era de sirena escultural. Las curvas necesarias en los lugares adecuados, aunque sin aparatosas estridencias. Sus ojos eran oscuros y protegidos por sedosas y largas pestañas.

Pero arrugó Fox Craig el ceño, contrariado, al observar a los dos tipos con aspecto de gorila que la acompañaban.

Ante el silencio de Fox Craig, insistió ella:

—¿Me permite subir a bordo?

Craig salió de su abstracción y se apresuró a mover la cabeza en enérgicas cabezadas afirmativas.

—No faltaba más, nena. Y hasta puedes quedarte todo el tiempo que te venga en gana, conchos.

La chica empezó a subir por la pasarela seguida de los dos fornidos individuos. Fox Craig admiró el leve contoneo de la hembra al andar y sus ojos no se apartaban de las caderas femeninas.

—Me llamo Andrea Lowe.

Fox se pasó la lengua por los labios reseco.

—Yo no —tartamudeó, fija la mirada en el hermoso semblante de la chica—. Perdón... Quise decir que mi nombre es Fox Craig.

—Entonces, no es a usted a quien busco.

Fox suspiró, componiendo una mueca de desencanto.

—¡Qué pena!

—Deseo hablar con Barry Craig.

—Eso pasa siempre. No sé cómo se las apaña el chambón de Barry para engatusarlas a to...

Andrea Lowe arqueó las cejas.

—¿Cómo dice?

—No me haga mucho caso...

De pronto reparó Fox Craig que los dos gorilas se encontraban también en la cubierta baja del yate, junto a la chica. Apretó los maxilares y les miró, ceñudo.

—¿Quién gritó al abordaje, machos?

Uno de los tipos le miró desdeñoso de arriba abajo.

—Siempre acompañamos a la señorita Lowe, marinero.

—¿Sí, eh?

—Un momento, Craig —levantó la diestra Andrea Lowe, conteniendo los impulsos agresivos de Fox Craig—. Estos dos muchachos son de mi entera confianza.

—Será de la suya, ¿no?

—No le darán problemas si les deja en paz.

Fox Craig chasqueó la lengua.

—Les tiene amaestrados, ¿eh? Pero resulta que no les veo el bozal, morenaza. A lo peor les da por liarse a morder...

El mismo tipo que hablara antes se adelantó un paso.

—La señorita Lowe te ha dado el aviso, marinero. No busques problemas, hombre.

Fox inclinó la cabeza dispuesto a embestir.

—Este barco es propiedad privada, gorila. Largo de aquí antes de que me cabree.

De la cabina superior donde se hallaba el timón y los mandos de la embarcación acudía en rápido descenso un joven corpulento de torso desnudo y piel bronceada. Sería un par de años mayor que Fox Craig y antes de poner los pies en cubierta, inquirió:

—¿Qué vende esta gente, Fox?

—Se me olvidó preguntarlo, Dunn.

Andrea Lowe posó los grandes ojos oscuros en el recién llegado.

—Usted debe ser Dunn Craig, ¿verdad?

—¿Cómo lo adivinó, hermosa?

—Deseo hablar con Barry Craig.

—Eso es lo que ocurre siempre...

Fox le cortó haciendo un ademán.

—No lo digas, Dunn. Ya lo expliqué yo antes.

Dunn Craig paseó la mirada por el cuerpo de la muchacha y acabó mirándola de frente.

—¿Para qué quiere ver a Barry?

—Se lo diré cuando le vea.

Dunn señaló, levantando el mentón, a los sujetos que acompañaban a la morena.

—Y los dos gorilas..., ¿qué pintan? No me diga que han dado un día libre a los animales del Zoológico, porque no me lo voy a creer, hermosa.

El individuo situado a la derecha de Andrea, el mismo que anteriormente plantara cara a Fox, crispó los puños.

—Más respeto cuando hables con la señorita Lowe, marinero. No me obligues a...

Andrea Lowe levantó la mano de nuevo.

—Quieto, Logan —hizo una breve pausa, y sin apartar la vista de Dunn Craig, dijo despacio—: Tengo un buen asunto que proponer a Barry Craig, muchachos. ¿Por qué no os portáis bien y le avisáis?

Fox negó dando un cabezada.

—Cuando esos fulanos pisen de nuevo el cemento del puerto, morenaza.

—Son... mis amigos.

—Pero no los nuestros, hermosa —replicó Dunn—. Anda, ordénales que salgan pitando pasarela abajo. Luego te llevaremos a presencia de Barry.

Andrea Lowe emitió un breve suspiro.

—No seáis testarudos, muchachos.

Fox Craig puso una mano en el hombro del llamado Logan.

—Abajo, Logan.

El tipo dejó ir la derecha y alcanzó a Fox en el hígado, tirándole contra la cerrada puerta que llevaba a los camarotes inferiores del yate. Allí chocó de espaldas Fox y empezó a ponerse amarillo.

Dunn no estaba lejos de Logan y le sacudió un derechazo al pómulo.

El sujeto emprendió el vuelo y pasó limpiamente por encima de la barra protectora, cayendo a las sucias aguas del puerto.

El otro individuo fue en busca de Dunn.

Pero Fox acudía a toda velocidad convertido en un borrón y se lo llevó por delante arrollándole. Le pegó un tremendo testarazo en el pecho y le arrojó al agua con Logan.

Andrea Lowe sonrió irónica a los dos jóvenes.

—¿Estáis ya satisfechos, muchachos?

Fox Craig resolló hosco:

—¿Saben nadar tus gorilas?

Dunn echó un vistazo por la borda y observó que los dos fulanos chapoteaban desenfrenados.

—Opino que les bastará una lección para aprender.

Ella esbozó una fría sonrisa.

—¿Me lleváis ahora a presencia de Barry?

Fox y Dunn Craig cambiaron una mirada. Después afirmó, moviendo la cabeza el segundo:

—Espera aquí, hermosa.

Andrea Lowe sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios, mientras Dunn. Craig desaparecía por la pequeña puerta que conducía a los camarotes de la embarcación. Observada en todos sus movimientos por Fox, encendió la chica el cigarrillo y exhaló una bocanada de humo.

Los dos tipos que la habían acompañado lograron llegar a un amarradero próximo y salir del agua con infinitas dificultades. Quedaron arrodillados resollando y escupiendo agua sin cesar.

Fox Craig les señaló, sardónico:

—Tus gorilas aprendieron a nadar, moren asa. Ya se pueden presentar a la próxima olimpiada.

—Os habéis jugado un premio importante, Craig —recriminó la chica—. Si decido marcharme os despelleja Barry.

—No me digas...

—El asunto que me ha traído es demasiado importante... para vosotros tres, Fox Craig.

—Para los hermanos Craig lo más importante es el dinero y las mujeres, morenaza.

—Me llamo Andrea y no me gustan los adjetivos —dijo secamente ella—. No lo olvides en el futuro, Fox.

Se disponía Fox a responder cuando apareció Dunn en la puerta de los camarotes haciendo un ademán a la morena.

—Barry te espera, hermosa.

—No le gustan los adjetivos, Dunn —advirtió Fox—. Recuérдалo de ahora en adelante.

Andrea Lowe avanzó pasando junto a Dunn con la barbilla erguida y el joven aspiró con deleite el suave perfume que emanaba del cuerpo femenino.

Descendió la chica cuatro peldaños y se encontró en una diminuta salita de techo bajo y asientos alargados empotrados a ambos lados de una mesa sujeta al suelo. En un ángulo de la pequeña estancia un mueble-bar equipado con diversas botellas y vasos, predominando el *whisky*.

También miró Andrea Lowe una emisora situada en el rincón opuesto al mueble-bar. Frente a ella, una puerta debía conducir a los camarotes de la embarcación.

Apenas transcurrieron un par de minutos cuando se abrió aquella puerta y en el hueco se dejó ver un hombre de unos veintiocho años, cuerpo atlético, facciones de rasgos duros, ojos grises, fríos como el hielo. Como única prenda vestía unos cortos pantalones y el bronceado de la piel era denominador común de los tres hermanos Craig.

Barry Craig indicó en silencio uno de los alargados asientos y esperó a que ella se acomodara para hacerlo él a su vez en el lado contrario. Dunn apoyó el hombro en el quicio de la puerta y permaneció derecho con los brazos cruzados ante el pecho.

El mayor de los tres hermanos posó los grises ojos en el rostro de la muchacha.

—¿Y bien...?

CAPÍTULO II

Andrea Lowe pareció poner en orden sus pensamientos durante unos instantes. Luego inquirió:

—Usted es Barry Craig, ¿no?

—Eso es.

—Mi nombre es Andrea Lowe y vengo recomendada por un amigo común cuyo nombre no veo la necesidad de mencionar. Creo que podemos llegar a un acuerdo sin hacerlo.

Barry se contempló las uñas de la mano derecha.

—¿Desea beber algo?

—No, gracias.

—Prepárame un *whisky* con hielo, Dunn.

Mientras el segundo de los Craig preparaba la bebida, indagó Barry, hablando despacio:

—¿Qué le hace suponer que llegaremos a un acuerdo, Andrea?

—Treinta mil dólares.

Barry Craig levantó las grises pupilas hacia los ojos femeninos, pero la expresión de su rostro no cambió. Siguió siendo inexpresiva. En cambio la botella de licor que sostenía Dunn en la diestra golpeó hasta en tres ocasiones en el borde del vaso donde escanciaba.

Dejó transcurrir Barry unos instantes y preguntó sin inflexiones en la voz:

—¿Está segura de no equivocarse, Andrea?

Ella le sostuvo la mirada sin pestañear.

—Espero que no. Me dijeron que ustedes poseen un yate rápido y perfectamente equipado, que alquilan a los turistas si disponen de suficiente dinero.

—Es cierto.

—Entonces, no veo la razón para no llegar a un entendimiento,

Barry.

—¿Le dijeron también sus informadores que siempre procuro eludir problemas con la policía costera?

Andrea Lowe arqueó las cejas.

—¿A qué se refiere?

—Me ha entendido perfectamente.

La muchacha dejó escapar una suave risita.

—¿Supone que les quiero contratar para algo ilegal?

Barry encogió los hombros displicente. Cogió el vaso que le tendía su hermano Dunn y después de beber un sorbo, dijo:

—De momento, sólo lo puede saber usted, Andrea.

La chica sacudió los largos cabellos oscuros dejando florecer en sus labios gordezuelos una abierta sonrisa. Dejó transcurrir intencionadamente unos segundos antes de decir:

—Represento a un grupo de amigos..., digamos pudientes económicamente, Barry Craig. Cinco personas contándome yo. Hemos pensado llevar a cabo un crucero de recreo por las Antillas y deseamos alquilar un buen yate, como éste. Sería una singladura sin un recorrido establecido de antemano, ¿me comprende? Podemos pasar un día en Jamaica y cuatro en Haití. Depende de cómo lo pasemos en un lugar u otro.

—¿Cuántos días en total?

Andrea volvió a sonreír.

—Es muy difícil precisarlo. Podemos fijar veinte días de singladura y pagar una cantidad extra por cada uno que pase del tope.

Barry escrutó el semblante sin tapujos.

—Treinta mil dólares me parece un precio excesivo por un viaje de unos veinte días. Incluso tratándose de una embarcación tan buena como nuestro *Delfín Craig*. —Hizo una pausa y añadió con entonación natural—: Si existe algo delictivo detrás de todo esto, será mejor que lo diga ahora, Andrea. No dudaré en tirar por la horda en alta mar al que me engañe. Y no me importa que se trate de una mujer bonita.

Andrea Lowe tuvo el convencimiento de que Barry Craig cumpliría lo que estaba diciendo a pesar de su tono natural. Guardó silencio y continuó el joven:

—No se ofenda, Andrea. Prefiero hablar sin tapujos ahora, que...

—¿Tirarme por la borda después?

—Exacto.

Ella inspiró aire con fuerza.

—No puedo responder de mis cuatro amigos, Barry. Sólo se lo puedo garantizar respecto a mí.

Barry abrió las manos haciendo un elocuente ademán.

—En ese caso...

—Espere un momento, Barry.

—Diga, Andrea.

La chica se pasó la punta de la lengua por los labios y durante unos momentos estuvo titubeando.

—¿Qué tipos de hechos consideraría usted como ilegales? Me refiero a que... No sé cómo hacerme entender.

Barry forzó una ácida sonrisa.

—Se refiere a que hasta dónde estaría dispuesto a llegar dentro de la ilegalidad por treinta mil dólares, ¿no?

Andrea le miró fijamente.

—Es usted muy franco, Barry.

—Me gustaría ir directo al grano. ¿Me equivoco en la suposición?

—Puede ser una cantidad superior a los treinta mil.

Barry Craig acabó de un trago el *whisky* del vaso y dejándolo de nuevo sobre la mesa se puso en pie desganadamente.

—Adiós, Andrea. Ha sido un placer admirar su belleza, pero no hemos llegado a un acuerdo.

Ella siguió impassible, sin moverse del asiento.

—Si está pensando en drogas, tráfico de piedras preciosas, fuga de capital, o algo parecido, olvídelo, Barry —dijo, levantada la cabeza hacia el joven—. ¿Le importa volver a sentarse y perder unos minutos más conmigo, Barry?

El mayor de los Craig permaneció escrutándole largo rato el rostro y acabó tomando otra vez asiento. Quizá era porque le gustaba la forma que tenía Andrea Lowe para pronunciar su nombre.

—Adelante, Andrea.

—Le he dicho que se trata de un viaje de recreo, de una inofensiva singladura de placer.

—Exacto. Sólo que yo no trago.

—¿Cómo dice?

—Que me suena a cuento chino, vamos. ¿Tienen todos ustedes los documentos en regla para abandonar los Estados Unidos?

—Sin que falte el menor requisito.

Barry desvió la mirada a su silencioso hermano Dunn y le tendió el vaso vacío.

—Llévalo, Dunn. Pero olvídate del hielo.

—Sí, Barry. Yo también me prepararé uno.

Barry se giró nuevamente hacia la muchacha.

—Ya he dicho que soy enemigo de los rodeos, Andrea. ¿Por qué no me explica el asunto?

Ella dio una lenta cabezada de conformidad.

—De acuerdo, Barry —hizo una breve pausa y continuó—: Creo que uno de los pasajeros se quedará en algún punto de las Antillas. Sin embargo, puedo prometerle que no está reclamado por la policía de los Estados Unidos. Después de todo..., ustedes no pueden ser culpados si uno de los pasajeros se pierde en uno de esos exóticos lugares, ¿verdad?

—Depende.

—¿De qué?

—De lo que lleve encima el pasajero que se volatiliza.

—Ya. Cree que se trata de un caso de espionaje, ¿eh?

—No lo había pensado, pero ahora que lo dice, es posible. Al levantarme de la litera donde descabezaba un sueño cuando usted llegó, vi a dos sujetos que, contra toda lógica, tomaban un baño sin desprenderse de la vestimenta. ¿Tienen relación con el asunto?

—Son dos guardaespaldas que uno de mis amigos se empeñó en que me acompañaran. Sus hermanos les tiraron al agua.

Barry ladeó la cabeza a Dunn y chasqueó la lengua reprobativo.

—Eso no está nada bien, muchacho. No sabían nadar y pudieron ahogarse. Ese amiguito suyo debe ser una persona importante, ¿no, Andrea? Que yo sepa, los guardaespaldas sólo los utilizan los políticos y los *gangsters*.

—Escuche, Barry...

El joven la interrumpió haciendo un ademán y se incorporó dando por finalizada la entrevista.

—No me tome por descortés, Andrea. Prefiero pensar la proposición antes de definirme. Procuraré darle la contestación esta

misma noche. ¿Dónde la puedo localizar?

Andrea Lowe también se puso en pie.

—Yo me pondré en contacto con usted, Barry. ¿A qué hora le interesa que vuelva?

—¿Conoce el Capt?

—¿El restaurante portuario?

—El mismo. Nos dejaremos caer por allí a la hora de la cena. Sobre las siete. Le bastará pegar un telefonazo.

Andrea Lowe movió levemente la cabeza.

—¿Me promete pensarlo con cariño, Barry?

—Tan a fondo como se puede pensar por treinta mil pavos, Andrea.

Ella compuso un mohín.

—El dinero no lo es todo, Barry. Hasta la vista.

—O hasta nunca, Andrea. Vamos, Dunn, no te hagas el remolón y acompaña la a tierra.

Andrea Lowe se encaminó a los peldaños de salida. Pero antes de abandonar la cabina se giró y envolvió a Barry en una larga y extraña mirada. Luego salió, seguida de Dunn Craig, cuyos ojos iban de un lado a otro al compás de las cimbreadas caderas femeninas.

Tan pronto hubieron salido irrumpió en la estancia Fox Craig.

—¿Qué negocio se trae la pájara, Barry?

—Luego te lo cuento, Fox. Ahora quiero adecentarme un poco y salir a estirar las piernas.

Fox iba a decir algo, pero en aquel momento empezó a escucharse un zumbido intermitente en la emisora.

El menor de los Craig fue hasta ella y descolgó el micro.

—¿Qué pasa?

Barry llegó a su lado y le arrebató de un manotazo el emisor.

—Se dice aquí

XR-23,

so animal.

Repitió la frase aproximando el micro a los labios y oprimió el pulsador receptor. Entonces pudieron escuchar una voz suficientemente conocida procedente del altavoz:

—Mucho gusto en escucharte,

XR-23.

Te quiero en mi despacho antes de una hora. Y procura que nadie te

siga si no quieres ver encallado el *Delfín Craig* para los restos. ¿Me he expresado lo suficientemente claro?

Barry soltó un gruñido, mascullando:

—Sí, capitán Nolan.

CAPÍTULO III

Barry Craig tomó asiento al otro lado de la mesa.

Frente a él tenía a dos hombres acomodados. Uno de ellos era el capitán Chester Nolan, de la policía de Miami. Rudo, aspecto de luchador innato y ojos penetrantes bajo gruesas cejas.

Al otro no le conocía.

Nolan le señaló haciendo un leve ademán.

—El inspector Guy Mac Laine del FBI, Barry. Pórtate como un buen chico y responde a sus preguntas con la santa verdad.

Barry Craig torció el gesto.

—Sabe que siempre lo hago, capitán Nolan.

El oficial de policía dio un manotazo al aire.

—No hagas chistes malos, Barry. Procura esmerarte, porque te va en ello el regreso a la granja de Indiana, ¿entiendes? —Nolan hizo una leve pausa y agregó mirando a Mac Laine—: Los hermanos Craig proceden de una granja de Indiana, inspector. Al morir el padre pensaron que lo mejor era vender las tierras y comprar un yate en esta ciudad. Hace ya más de cinco años que les soporto.

El inspector Guy Mac Laine, un sujeto enjuto de rostro anguloso y ojos hundidos, posó la mirada en Barry.

—¿Cómo es su yate, Craig?

—El mejor que navega por estas aguas, inspector —hinchó el pecho, Barry Craig—. Veinticinco metros de eslora y dos motores Diésel que lo hacen volar sobre el mar.

—Por eso le eligieron, ¿eh?

—¿Elegirme? ¿Para qué?

—No empieces o te la cargas, Barry —gruñó Nolan—. Le aseguré a Mac Laine que estarías encantado de colaborar con nosotros en el asunto.

Craig reflejó extrañeza en el rostro.

—¿A qué asunto se refiere, capitán?

Chester Nolan iba a responder violentamente, pero se le adelantó el hombre del FBI:

—Hace un rato fue a visitarle una muchacha llamada Andrea Lowe, ¿verdad, Craig?

Aquello era una afirmación más que una pregunta, y antes de darle ocasión de responder, agregó Mac Laine:

—Me gustaría conocer con todo detalle la conversación que mantuvieron en su embarcación.

Barry Craig quedó unos instantes indeciso y el oficial de policía tamborileó con las yemas de los dedos la superficie de la mesa.

—Venga, Barry —resolló impaciente—. ¿A qué infiernos esperas para desembuchar?

El joven asintió lentamente. A continuación hizo un conciso relato de la conversación sostenida con la morena Andrea Lowe. Cuando terminó de hablar se hizo un silencio y lo rompió el inspector Mac Laine:

—El capitán Nolan me habló un rato de usted, Craig.

—Mentiras, inspector. No me traga...

—Dijo que es usted un gran muchacho en el fondo, aunque tenga que mantenerle constantemente a raya. Aseguró que es usted un buen patriota en el que se puede confiar plenamente.

Barry abrió los ojos asombrado y miró a Chester Nolan.

—¿Eso... le dijo?

—En efecto, Craig.

Barry observaba la risita irónica en los labios del capitán Nolan y empezó a sospechar que se iba a ver metido en un lío fenomenal. Se pasó el dedo por el cuello de la camisa sin saber lo que decir.

Guy Mac Laine siguió hablando:

—Vamos a necesitar su ayuda para resolver un asunto sumamente delicado, Craig.

Barry pudo hablar al fin:

—Oiga, inspector... Mis hermanos y yo nos ganamos la vida honradamente. Esta noche le diremos a la morena que...

—Aceptan llevar a cabo el crucero de recreo, Craig.

Barry arrugó el ceño.

—¿Bromea...?

Esta vez se encargó de responder Nolan:

—Es un asunto demasiado grave e importante para bromear, Barry.

El inspector del FBI hizo un gesto conteniendo al capitán Nolan y atrajo la atención del joven sobre él.

—Escuche con atención, Craig —tras un pequeño intervalo siguió—: Entre esas cinco personas que pretenden viajar en su barco hay, por lo menos, un espía. Es posible que todos ellos pertenezcan a una misma organización de espionaje, pero de eso no estamos seguros. Repito que lo único que podemos garantizar es que entre ellos se encuentra como mínimo un enemigo de nuestro país.

En el silencio que siguió, inquirió Barry:

—¿Un ruso?

—¿Por qué un ruso?

El mayor de los hermanos Craig encogió los hombros.

—Hombre..., siempre que existe un caso de espionaje se les echa la culpa a los rusos, ¿no? Recuerdo una película de Gregory Peck en la que el ruso de turno...

Guy Mac Laine sonrió levemente haciendo un ademán.

—En este caso no lo sabemos, Craig. Puede tratarse de un espía internacional que pretende vender su secreto al mejor postor. Hoy existen en el mundo demasiadas potencias que pueden estar interesadas en adquirir lo que esa persona..., o personas, desean sacar a toda costa de los Estados Unidos.

Barry Craig dejó escapar una risita carente por completo de alegría.

—Y ustedes han pensado que los hermanos Craig hagamos de conejillos de India, ¿no? Escuche, inspector, si tan seguros están de que entre esos posibles cinco pasajeros del *Delfín Craig* se encuentra un espía, la solución resulta la mar de sencilla, infiernos.

—¿Cuál aplicaría usted, Craig?

—Encerrarles a todos y pegarles leña hasta en el documento de identidad para que canten.

—No podemos hacerlo, Craig.

—¿Por qué no? Son espías, ¿no?

—Le dije antes que no estamos seguros de que los cinco se dediquen al espionaje. Además..., nos interesa seguirles el juego y atraparles a todos. Incluso a los contactos en las Antillas.

Barry plasmó en el semblante una mueca escéptica.

—Y todo a costa del pampalino de Barry Craig y sus hermanos, ¿no? Nosotros hacemos de pipiolos mientras ustedes se quedan tranquilamente con los brazos cruzados.

—Siempre estaremos cerca de ustedes.

—¿Sí? —rebatíó, sarcástico, Craig—. ¿Nos vigilarán en alta mar con un submarino de bolsillo? Oigan, si ese tipo..., o todos ellos a la vez, se huelen que los inocentes Craig estamos de acuerdo con ustedes..., ¿se imaginan lo que harán? Yo se lo diré. Nos meterán plomo para parar un tren en el cuerpo y luego nos arrojarán de pasto a los tiburones. Lo siento, amigos, si quieres a un James Bond vayan buscando en otra dirección.

Chester Nolan endureció los músculos del rostro.

—No tienes alternativa, Barry.

—Conque no, ¿eh?

—Puedo precintar tu barquito en el momento que desee, ¿me entiendes? En más de una ocasión te has dedicado al contrabando y te tengo fichado.

Barry apretó los maxilares.

—Mire, Nolan..., usted no puede probar nada, ¿de acuerdo? Mis hermanos y yo estamos limpios como un bebé de madre chapada a la antigua.

—He tomado mis precauciones, Barry.

—No me haga reír, que me lo tiene prohibido el psiquiatra, Nolan. Los tiempos del «coco» quedaron atrás. Hoy en día cualquier mocoso le suelta un par de guantazos al «coco» que le vuelve loco.

—El capitán Nolan tiene razón, Craig —intervino, hablando gravemente Mac Laine—. Créame que lo siento, pero queríamos estar seguros de su colaboración. Un hombre-rana está dejando adosado un paquete a la quilla de su yate. Cocaína. ¿Comprende ahora que no tiene otra alternativa que colaborar con nosotros?

Barry Craig respingó sobresaltado y permaneció unos segundos con los labios crispados y las pupilas fulgurantes.

—Conque el FBI también juega sucio, ¿eh? —Gruñó, hosco—. La verdad es que no me esperaba una cochinidad como ésa.

—Le he dicho que lo siento, Craig —repitió, suave, Mac Laine—. Usted dispone de una ocasión de oro para acabar con esa gente y no podemos dejarla escapar.

Barry levantó la cabeza y miró, ceñudo, al capitán.

—La idea fue de usted, ¿eh, Nolan?

El oficial de policía asintió, risueño:

—Lo propuse porque sabía que te negarías, Barry.

El joven dio una lenta cabezada y girándole al hombre del FBI, preguntó calmoso:

—No tengo escapatoria, ¿verdad, Mac Laine?

—Tiene que colaborar con nosotros, Craig.

—¿Cuántos días de cárcel le caen a un fulano por zurrar a un capitán de policía, Mac Laine?

Chester Nolan comenzó a levantarse, ceñudo.

—Si se trata de una de tus bravatas...

Barry se incorporó como un rayo y disparó un rechazazo que alcanzó a Nolan de lleno en la boca. La espalda del capitán chocó violentamente contra la pared y fue resbalando hasta quedar sentado en el suelo. En eso se descolgó un retrato del presidente Ford y el marco se estrelló en el cráneo del capitán Nolan.

El rostro del presidente quedó para arriba y le dedicó un gesto amistoso a Barry.

—Eres un tío simpaticón, Gerald.

Chester Nolan se iba incorporando sujetándose la cabeza con ambas manos al tiempo que emitía quejidos de dolor.

Mac Laine dirigió una reprobativa mirada a Barry.

—¿Por qué lo hizo, Craig?

—Es un gustazo que anhelaba darme, inspector. Supongo que no tendré la suerte de que me encierren, ¿eh?

—Desde luego que no, Craig. Le necesitamos.

—Ya lo suponía.

El capitán Nolan soltó un rugido y alargó las manos por encima de la mesa intentando atrapar al joven. Barry retrocedió ágilmente y chasqueó la lengua.

—¿No sabe aguantar una broma, Nolan? Yo no me alteré con lo del paquetito de «coca», infiernos.

Guy Mac Laine contuvo al oficial de policía:

—Tenga calma, Nolan.

—¿Que tenga calma...? Le voy a descuartizar, inspector. Este bastardo no se burla...

—Descuartizado no nos sirve, Nolan —replicó frío, el federal—.

Procure dominarse.

Chester Nolan echó aire por las narices resoplando y lanzó una mirada de intenso odio al joven.

—Me encargaré de ti cuando todo termine, Barry. Si es que antes no te arrojan al mar como bazofia para los peces.

El joven se giró hacia el federal, diciendo:

—Acepto ayudarles con dos condiciones, Mac Laine.

—Dígalas.

Nolan giró la cabeza, incrédulo.

—No me diga que piensa acceder a las pretensiones de este guarro indecente, Mac Laine.

—El caso lo llevo yo, Nolan —recordó en tono gélido el inspector—. Adelante, Craig.

El joven dejó pasar unos instantes.

—En primer lugar quiero quedarme con la cantidad que haré pagar a esos individuos por adelantado. Libre de polvo y paja. Me refiero a que no venga luego el de los impuestos.

—Concedido, Craig. ¿La otra condición?

—Que Nolan me deje en paz si todo termina felizmente como en los cuentos de hadas y les ayudo a solucionar el cotarro. Tiene muy poca gracia andar jugándose el cuello entre espías, que no dudarán en darnos matarile a los Craig, y después de salir triunfante tener que enfrentarse a un sujeto lleno de mala baba.

Guy Mac Laine dio una cabezada afirmativa.

—El capitán Nolan le dejará tranquilo si todo se resuelve como deseamos, Craig.

—Pues me está mirando de una forma...

—Tiene mi palabra, Craig. Le prometo que el capitán considerará el incidente de hace unos instantes como agua pasada. El *Delfín Craig* podrá continuar recalando en Miami.

—De acuerdo entonces, inspector —dijo Barry—. Aunque en realidad no tengo otro remedio..., puede contar con nosotros. Pero me gustaría saber algo.

—¿El qué?

—¿Qué tratan de sacar en mi barco del país?

—Eso es preferible que no lo sepa, Craig. Se trata de algo de extraordinaria importancia.

—Lo cual quiere decir que lo defenderán con uñas y dientes,

¿eh?

—No lo dude. Tanto usted como sus hermanos deberán andarse con pies de plomo. La menor indiscreción les puede costar la vida.

Barry dejó escapar un suspiro.

—Un panorama como para echarse a llorar, vamos.

Aún permanecieron hablando una media hora antes de que Barry abandonara el edificio, adoptando todo tipo de precauciones. Recibió múltiples instrucciones del inspector del FBI.

Todo, menos la garantía de conservar la vida.

CAPÍTULO IV

Aquella gente tenía prisa por abandonar Miami.

La noche anterior hablaron por teléfono Andrea Lowe y Barry, fijando la cifra a percibir por adelantado en cinco mil dólares más de los ofrecidos por la morena. Y a la mañana siguiente, cuando el sol aún no había asomado por el horizonte, se hizo a la mar el *Delfín Craig*.

Maniobró airosamente alejándose del amarradero manejado el timón por Dunn Craig.

Andrea Lowe presentó sus cuatro amigos a Barry en la pequeña antesala del corto pasillo de los camarotes. El mayor de los hermanos, que había decidido acuitar la conversación sostenida con Guy Mac Laine a Dunn y Fox, fue clasificando mentalmente a los amigos de la morena.

Rick Laffite, un tipo de unos cuarenta y cinco años, calvo, gordo, de facciones adiposas, pero ojos vivaces, inquietos. Barry le catalogó como un sujeto carente de escrúpulos.

Kent Harlam, un rubio frizando los treinta, de cuerpo atlético. Daba la impresión de ser un deportista disponiendo de músculos bien ejercitados. Llegado el caso, podría ser peligroso.

Frank Curtis, de buena estatura y edad aproximada a la de Harlam. Sus cabellos eran blancos y sus ojos oscuros, penetrantes. Su rostro carecía de expresión y no dudó Barry en clasificarlo como un individuo difícil de manejar.

El quinto pasajero era también una mujer.

Andrea Lowe la presentó como Marion Clyde, y Barry tuvo forzosamente que admirar el cuerpo venusino de la rubia platino, aunque para su gusto personal la encontró un tanto sofisticada. Poseía un atractivo rostro haciendo juego con la figura, pero

tampoco le agradó a Barry su forma de mirar rectamente a los ojos.

Andrea no mencionó la profesión de ninguno de ellos.

Ni Barry se interesó en averiguarla.

Se limitó a mostrarle a cada uno de ellos el camarote correspondiente con fría deferencia.

Pero el *Delfín Craig* sólo disponía de cinco camarotes, y los hermanos Craig necesitaban uno para los tres. Barry sugirió que las dos mujeres compartieran el mismo. La idea no le gustó a ninguna de ellas, pero accedieron sin mostrar su disconformidad.

Mientras Barry acomodaba a los pasajeros, el yate se alejaba cada vez más de la costa de Florida, dejando tras de sí un sendero de blanca espuma sobre el manto azulado del mar.

Barry se preparó un *whisky* y subió a relevar a su hermano.

Tan pronto penetró en la cabina de mando, masculló Dunn:

—No me gusta el pasaje, Barry.

—Vamos, Dunn —bromeó su hermano—. Las dos chicas son verdaderas bellezas, cada una en su estilo.

—Pero los tipos parecen *gangsters*, Barry.

—No veas visiones, Dunn. Anda, déjame el timón un rato y piensa en los treinta y cinco mil que nos han pagado.

Dunn Craig cedió el timón a Barry.

—¿Dónde tocaremos puerto en primer lugar?

—Las Bahamas es la primera escala de la singladura. Luego, tal vez, pasemos por el estrecho de los Vientos a Jamaica o Puerto Príncipe. Ya veremos.

—¿Cuál de ellos es el jefe, Barry?

El mayor de los Craig encogió los hombros.

—Todavía no me han presentado a nadie como jefe del grupo, Dunn. ¿Por dónde anda Fox?

—Le está echando un vistazo a los motores.

—Adviértele que las chicas son tabú para él, ¿me comprendes? No deseo líos con los pasajeros.

Dunn Craig se rascó la larga pelambrera.

—Será difícil contener a Fox si una de las sirenas le da pie, Barry. Ya conoces al chico.

—Por eso lo digo. Ve a buscarlo y dile que venga a verme.

Fox Craig ascendió a la cubierta inferior de popa del yate y cerró la trampilla enrejada del suelo después de haber examinado el buen funcionamiento de los motores de la embarcación.

Llevaba las manos pringando grasa y se las estaba limpiando en los cortos pantalones, cuando vio aparecer en la puerta de los camarotes a la rubia platino Marion Clyde. Revestía un dos piezas color salmón que dejaba a la vista su espléndida anatomía.

Fox Craig agrandó los ojos, respingando:

—¡Sopla...!

Marion Clyde observó la expresión del joven y le dedicó una amable sonrisa antes de preguntar:

—¿Dónde puedo tomar un baño, joven?

El menor de los Craig se pasó la mano llena de grasa por la nuca.

—Como no sea en una palangana... A la velocidad que navegamos sería imposible...

—Me estaba refiriendo a un baño de sol.

—Ah...

Fox Craig estuvo unos segundos con la boca abierta. Luego se dedicó entusiásticamente a la contemplación de las numerosas curvas y hermosos salientes que tenía delante. Como viera Marion que guardaba silencio, carraspeó.

—¿Y bien...?

—¿Cómo que bien? —exclamó Fox—. Es lo más extraordinario que he visto en mi asquerosa vida.

Los ojos de la rubia miraron fijamente a Fox.

—Supongo que está diciendo un cumplido.

—Estoy babeando una verdad como un castillo, nena. Una mujer como tú no tiene derecho a circular en *bikini* sin permiso de la autoridad. Luego se quejan los sociólogos de que el mundo esté lleno de gamberros.

La rubia hizo un mohín.

—Supongo que debo darle las gracias por lo que dice, joven.

—Puedes llamarme Fox, nena. Con sólo dar un silbidito vendré galopando a cuatro patas y seré tu más fiel servidor. Hasta ladraré de contento si te gusta.

Marion Clyde echó la cabeza atrás y rió alegremente. A continuación, todavía risueña, preguntó de nuevo:

—¿Dónde puedo tomar un baño de sol, Fox?

El muchacho se pasó la mano por el mentón llenándoselo de grasa, lo que aumentó la hilaridad de la mujer. Después de unos instantes pensativo, dijo:

—Verás..., si te pones en la cubierta de proa te divisa mi hermano desde el timón. A lo mejor se emboba contemplando tus evidentes encantos y nos lleva a Terranova. Opino que lo mejor es tendemos aquí mismo. Así me pondría yo morado.

—Lo que pretendo es broncearme, Fox.

—Y yo ponerme morado.

Marion Clyde tomó a sonreír y murmuró con agradable voz de contralto, pastosa y sensual:

—Eres un muchacho muy agradable, Fox. Pero demasiado joven en mi opinión para ser tan impulsivo.

Fox arqueó las cejas.

—¿Demasiado joven dices? Debemos andar por las mismas alturas, nena. Aquí donde me ves soy un perfecto lobo de mar.

En eso sonó una voz fría junto a la puerta que llevaba a la antesala de los camarotes:

—Querrás decir un lobito de mar, ¿eh, muchacho?

Porque si tú eres un lobo de mar es que la raza va en decadencia y acabará extinguiéndose en poco tiempo.

Fox Craig atirantó el semblante y se giró despacio.

Delante de él se encontraba el fuerte y duro Frank Curtis que lo miraba inexpresivamente. Molestó al joven Craig la sonrisita despectiva que observó en los finos labios.

—¿Busca jarana, amigo?

—Busco que dejes en paz a la señorita Clyde, muchacho. Paga a buen precio su pasaje y tiene derecho a no ser molestada.

Fox seguía con los maxilares apretados.

—No la estaba molestando, amigo.

—Mi nombre es Frank Curtis. Señor Curtis para ti, muchacho.

—Lo tendré en cuenta, Curtis —gruñó el menor de los hermanos Craig, remarcando el apellido del otro—. Pero repito que no molestaba a la rubia. Busca a una mujer que se disguste porque le tiren flores a los pies y me la traes.

Frank Curtis llevaba puesto solamente un bañador. Su musculatura era digna de tenerse en cuenta, aunque Fox continuó

impasible cuando echó a andar en dirección a él como un gatazo dispuesto a largar la zarpa.

Marion Clyde se interpuso entre los dos hombres y suplicó a su compañero:

—Deja en paz al muchacho, Frank.

Curtis se detuvo y posó los fríos ojos en el rostro de ella.

—Necesita que le enseñen modales, Marion. ¿No te has dado cuenta de que incluso se permite tutearme?

—Tú fuiste el primero en hablar despectivo, Frank. Fox se ha limitado a responder de la misma forma.

—Pero da la casualidad de que yo soy el pagano y tengo que llevar razón. Hazte a un lado.

Pero uniendo la acción a la palabra fue él mismo quien la sujetó por los hombros apartándola.

Quedó a unos pasos de Fox.

—¿Estás preparado, lobito de mar?

El muchacho asintió con absoluta seguridad en sí mismo.

—Seguro, Curtis. Pero antes de embestir es conveniente que pienses en una cosa.

—¿Qué?

—El que se caiga al agua está más perdido que el «carracucas». ¿Me comprendes? A la velocidad que vamos hay que ser un extraordinario nadador para mantenerse a flote hasta que el barco vire.

Frank Curtis adelantó los labios en mueca burlona.

—Me estás asustando, muchacho.

Fox apretó los puños invitando colérico:

—Ven aquí, Curtis.

CAPÍTULO III

Desde la cubierta superior gritó Dunn:

—¡Quietos los dos!

Frank Curtis y Fox se inmovilizaron al escuchar la estridente orden, pero siguieron mirándose desafiantes a los ojos.

Dunn descendió rápido a la cubierta inferior de proa y se situó entre ellos.

—¿Quieren explicarme qué diablos ocurre aquí?

Su hermano informó ceñudo:

—Este fulano me buscó las cosquillas, Dunn.

—¿Y qué pretendías, animal? ¿Tirarlo al agua para ahogarlo? — lo acusó furioso Dunn—. Ésa no es forma de tratar a un cliente, demonios.

Frank Curtis tocó suavemente en el hombro a Dunn. El segundo en edad de los Craig se giró al pasajero.

—¿De dónde sacas que tu hermano me hubiera tirado al agua, joven?

—Mi nombre es Dunn.

—De acuerdo, Dunn. Yo me llamo Curtis, Frank Curtis. ¿Deseas que te repita la pregunta?

Dunn Craig inspiró aire con fuerza tratando de dominarse.

—No busque problemas, Curtis. Y hasta que yo se lo diga deje de tutearme. Nunca comimos juntos en el mismo plato, ¿no?

Curtis dejó escapar una fría risita.

—De eso puede estar seguro.

—Pues entonces hagamos un esfuerzo y portémonos como personas adultas ya que permaneceremos bastantes días juntos en este barco, Curtis. Complicar las cosas no conduce a nada positivo.

—Con esa máxima estoy de acuerdo, Dunn.

—Pelillos a la mar, ¿eh?

Pero Fox intervino diciendo hosco:

—Yo no doblo el espinazo ante nadie, Dunn.

Su hermano se revolvió rabioso y silabeó:

—Tú te largas ahora mismo a la cabina, chico. Barry te está esperando y quiere hablar contigo enseguida.

Frank Curtis levantó la diestra risueño.

—Un momento, Dunn.

El aludido volvió a girarse nuevamente hacia él.

—¿Qué pasa, Curtis?

—Fox, el lobito de mar, estaba pidiendo a voces una lección y yo me disponía a dársela.

Dunn lo estuvo mirando fijamente unos instantes y luego sacudió la cabeza chasqueando la lengua.

—Mi hermano no tiene tiempo ahora de romperle la boca, Curtis. Tendrá que esperar en otra ocasión —sin volverse a Fox, masculló—: ¿Qué esperas para largarte, chico?

* * *

Rick Laffite se hallaba tendido sobre una toalla en la amplia cubierta de proa del *Delfín Craig*. Desnudo de cintura para arriba usaba gafas de sol y sostenía entre los dedos un cigarro encendido del que daba pausadas chupadas.

A su lado, en *bikini* y echada sobre la pulida madera tomando el sol, estaba Andrea Lowe.

Después de una de las chupadas al cigarro, murmuró Laffite:

—¿Te has formado ya una opinión de los hermanos Craig, Andrea?

—Sí.

—Dámela.

Andrea Lowe observó que Barry Craig le dirigía fugaces miradas desde la cabina de mandos situada sobre el lugar que ocupaban ella y Laffite. Bebido a la distancia y al ruido producido por la quilla del barco al chocar contra las olas era imposible que pudiera escucharlos.

No obstante, respondió queda:

—En mi parecer nada hay eme temer de ellos. Cumplirán perfectamente el pacto. Son muchachos algo brutos, pero con fondo

noble. No crearán problemas insolubles porque carecen de agudeza mental para detectar sospechas.

—¿Eso cuenta también con Barry Craig, Andrea?

—Quizá sea el más inteligente de los tres.

—Sin el quizá, Andrea. Barry Craig es un hombre que puede dar la sorpresa en cualquier momento. ¿La dijiste que yo financiaba el viaje del grupo?

—No había motivos para hacerlo.

—Mejor. Se lo comunicaré personalmente cuando lo estime oportuno —hizo un intervalo Laffite y agregó—: Desde que estamos aquí no nos quita la vista de encima.

La chica emitió una sonrisa.

—Ya me he dado cuenta. ¿Qué sucedió entre Frank y el menor de los hermanos?

Rick Laffite compuso una mueca de contrariedad. Dio una ávida chupada al cigarro y exhalando gran cantidad de humo, barbotó:

—Ya conoces a Frank. Se portó como un imbécil provocando al chico. Afortunadamente llegué a tiempo de evitar que luego se enfrascara con el otro. Si continúa por ese camino acabará mal.

—Marion estaba de por medio, ¿verdad?

—Pero no es lo que supones, Andrea. Al parecer Marion es inocente en esta ocasión. De lo único que se la puede culpar es de poseer un cuerpo demasiado... exuberante que incitó al joven impulsivo Fox Craig. Departían amigablemente cuando los sorprendió Frank.

—Deberías avisarle de que no cree problemas.

Laffite movió la cabeza asintiendo.

—Lo haré en cuanto tenga ocasión.

Estuvieron unos minutos en silencio y de pronto se incorporó bruscamente el obeso Laffite.

—Me voy antes de que me ponga como un besugo. Este maldito sol pega con fuerza.

* * *

Barry Craig permanecía con la mirada en el azul de las aguas que tenía delante.

De pronto sintió que alguien entraba en la cabina y creyó que era uno de sus hermanos. Quizá Fox deseaba expresarle su

arrepentimiento por haber querido pelear con Curtis. Reconocía que había sido excesivamente duro con el muchacho al abroncarlo aquella mañana.

Pero detrás de él inquirió una voz femenina:

—¿Molesto?

Barry giró la cabeza sorprendido en principio. Luego echó una ojeada por encima del hombro a la mujer enmarcada en el hueco de entrada.

—Adelante, Andrea.

La chica sonrió y avanzó unos pasos curioseando los instrumentos del interior de la cabina.

—¿Te gusta navegar, Andrea?

Ella levantó la cabeza y lo miró. Se percató de que Barry la tuteaba por primera vez. Esbozó una leve sonrisa y en sus oscuros ojos hubo un destello de complacencia al responder:

—Mucho. Tenéis un bonito yate, Barry.

—En efecto, estamos satisfechos de él —guardó un breve silencio Barry y después de pasear la mirada por el cuerpo en *bikini* de la muchacha agregó—: Cumplido por cumplido..., ganas una barbaridad en esa indumentaria, Andrea.

Ella inclinó levemente la cabeza fingiendo un rubor que Barry detectó como falso.

—Estaremos en Nassau esta misma noche —siguió hablando el joven—. ¿Habéis trazado ya el itinerario?

—Todavía no, Barry. Es posible que mañana por la mañana te lo pueda decir.

—De acuerdo.

Hubo un silencio y al prolongarse, comentó Andrea:

—Eres un hombre de pocas palabras, ¿eh, Barry?

El joven levantó los hombros.

—El hablar más de lo necesario es idiota. No soy el clásico bocazas que disfruta siendo escuchado aunque diga sandeces, si es a lo que te refieres.

—No has hecho ninguna pregunta respecto a nosotros, Barry.

—Yo cumplo con mi obligación pilotando el barco, para eso cobré, ¿no? Vosotros procuraréis no darme problemas a bordo y todo irá como una seda. Sobran las preguntas.

Andrea lo miró fijamente.

—¿De verdad no te has preguntado la clase de gente que somos?

—No tengo por qué hacerlo.

—Otro en tu lugar podría sentirse picado por la curiosidad.

—La curiosidad es mala consejera en la mayoría de los casos, Andrea. Confío en tu palabra de que nos mantendremos dentro de la ley.

—Yo no dije exactamente eso, Barry.

El joven arqueó las cejas.

—¿No?

—Si recuerdas mis palabras dije textualmente que no se trataba de drogas, tráfico de piedras preciosas, fuga de capitales, o algo por el estilo. Y prometí que no tendrías problemas con la policía costera.

—Eso es cierto —cabeceó súbitamente serio Barry—. También dijiste que no podías responder de tus compañeros de viaje.

—Exacto.

—¿No son amigos tuyos?

La chica denegó brillantes los negros ojos.

—Te estás saliendo de tu norma, Barry.

—Me importa un bledo a lo que se dedique cada uno de los pasajeros, siempre que no creen conflictos. Mi pregunta fue simple. Sólo deseaba saber si algo te unía a ellos.

—Te diré una cosa, Barry...

—Sobran las explicaciones, nena —gruñó hosco el joven—. Olvida mi pregunta.

Andrea crispó los labios enojada.

—No te portes como un gato arisco, Barry. Sólo intentaba bromear con la observación.

—Está bien —asintió sin desarrugar el ceño Barry—. Quisiste bromear y yo soy un gato arisco. ¿Qué más, nena? Puedo ser un buen *cicerone* y facilitarte detalles técnicos que desconoces sobre la navegación. Cuando se lleva a cabo un crucero...

—No deseo ninguna información, Barry —atajó ella súbitamente enfurecida—. Hemos alquilado el barco nada más. No tienes obligación de hacer de guía turístico.

El joven rió acremente.

—No cobraré suplemento por informar, nena.

—Desearía que me llamaras Andrea —dijo seca la muchacha—.

Eso de nena queda para matones de tres al cuarto y furcias baratas.

Barry dio una brusca cabezada, prietos los labios.

—De acuerdo, Andrea. ¿Se te ofrece algo más? A lo mejor te llegaste hasta aquí con la idea de indagar algo.

Andrea Lowe frunció el entrecejo mirándolo incrédula.

—¿Eso es lo que supones?

Barry Craig no contestó y silabeó colérica la chica:

—Si te has imaginado que soy capaz de prestarme a juegos sucios te equivocas, Barry Craig. También yo tengo mi código particular de conducta. Sólo deseaba romper el hielo ya que permaneceremos unos días juntos. Eso es todo.

Acto seguido se dispuso Andrea Lowe a dar media vuelta airadamente, encendidas de furor las mejillas, cuando la embarcación dio un brusco bandazo de costado que le hizo perder el equilibrio.

Hubiera caído al suelo de no sujetarla Barry por la cintura alargando el brazo derecho.

El cuerpo de la chica quedó adosado al suyo y sintió el joven el contacto de la piel quemante. La sangre corrió tumultuosa por sus venas. Tenía muy cerca el rostro arrebolado de ella, los oscuros ojos muy próximos a él.

Aquellos ojos de sedosas pestañas lo miraban intensamente con una mezcla de inquietud y extraña excitación.

Barry murmuró ronca la voz:

—El mar gasta estas bromas en ocasiones.

Andrea entreabrió los labios y continuó envolviéndolo en una mirada cada vez más cálida.

Barry sólo tuvo que inclinarse levemente para besar ávido la pulposa boca femenina.

El tiempo se paralizó para ellos.

Jamás hubieran podido precisar el tiempo que sus bocas permanecieron unidas en apasionada caricia.

De repente fueron bruscamente sacados de su abstracción por la entrada precipitada de Dunn en la cabina. Quedó unos instantes sorprendido por la escena, pero enseguida reaccionó hablando excitado:

—¡Nos atacan, Barry!

Su hermano mayor soltó a Andrea y se giró mirándolo incrédulo.

—¿Qué infiernos dices?

—Desde el cielo, Barry —explicó rápido Dunn—. Un helicóptero nos está baleando.

CAPÍTULO VI

Aún no se había repuesto Barry de la sorpresa que le produjo la noticia, cuando uno de los cristales delanteros del puente de mando saltó pulverizado en mil fragmentos que le salpicaron el rostro.

Se agachó instintivamente y sujetando a Andrea por los hombros la obligó a cobijarse *en* el hueco que quedaba bajo el panel de controles.

—¡Sujétate fuerte!

El *Delfín Craig* empezó a saltar de un lado a otro sobre las aguas al ser abandonado el timón.

Con la espalda apoyada en uno de los ángulos, crispadas las manos sobre el pasamano, inquirió Dunn:

—¿Qué puede significar esto, Barry?

Su hermano soltó un resoplido.

—Maldita sea... ¿Cómo infiernos puedo saberlo?

Abalanzándose sobre el timón se aferró Barry a él y lo hizo girar noventa grados con veloces movimientos.

El yate brincó en el agua cambiando súbitamente de dirección y entonces pudo ver Barry al helicóptero situado a unos cuarenta metros por la parte de estribor.

No era la policía.

Se trataba de uno de esos aparatos que se pueden alquilar en cualquier aeropuerto de aquellas latitudes. Por el lateral descubierto vio al sujeto que sosteniendo en las manos un rifle de grueso calibre tomaba de nuevo puntería.

Movió con celeridad el timón y otra vez se encabritó la embarcación dejando tras de sí un sendero zigzagante de blanca espuma sobre las azules aguas.

Barry perdió momentáneamente de vista al helicóptero.

—¡Ven aquí, Dunn!

Cuando lo tuvo a su lado le habló con rapidez:

—Hazte cargo del timón y procura eludir a ese canalla cada vez que se acerque a nosotros. Cambia el rumbo bruscamente y nunca dos veces seguidas hacia el mismo lado, ¿me entiendes?

Dunn afirmó moviendo la cabeza.

—¿Qué piensas hacer, Barry?

—Hay que defenderse, ¿no?

Ya se dirigía el joven a la salida del puente de mando, cuando lo llamó Andrea desde su refugio:

—Barry...

El joven se giró apuntándole con el índice extendido.

—¡Quédate donde estás! Sólo tienes que agarrarte con todas tus fuerzas y esperar a que todo acabe, ¿me has entendido? No quiero que salgas de ahí.

A continuación abandonó Barry la cabina.

Ya en el exterior levantó la mirada y vio que el helicóptero se aproximaba en vuelo lateral a ellos.

Mientras descendía calculó el instante en que Dunn llevaría a cabo el súbito giro y no se equivocó. Sujeto a la barandilla de la escalera no tuvo dificultad para mantener la vertical.

En cambio, el atlético Kent Harlam que subía a su encuentro, rodó por la cubierta intermedia y estuvo a punto de caer al agua. Gracias a un zarpazo en el último momento consiguió mantenerse a bordo férreamente agarrado a un saliente de amarre.

Levantó la cabeza y fulminó a Barry con los ojos.

—¿Es que se han vuelto locos, Craig? Abajo no hay nadie que pueda conservar el equilibrio.

—En estos momentos sólo me preocupa salvar la vida, Harlam. Eche un vistazo a su izquierda.

El rubio atleta lo hizo y observó Barry que el rostro le cambiaba de color.

—¿Qué me dice ahora, Harlam?

Pero Barry no esperó la respuesta del asombrado Kent Harlam y continuó descendiendo tan rápido como le fue posible.

Llegó a la cubierta inferior de popa y se tropezó en la puerta que daba a la antesala de los camarotes a su hermano Fox. El menor de los Craig dejó escapar una sonora carcajada.

—¿A qué jugamos, Barry? Si vieras lo divertido que resulta ver a esa gente salir volando por los aires... El chuleta de Curtis se ha pegado un trompazo...

Barry no lo escuchaba ya.

Cruzó la pequeña antesala como una exhalación introduciéndose en el pasillo de los camarotes. Ni siquiera llegó a darse cuenta de la escena que había en la cámara.

El gordo Rick Laffite se hallaba tirado de bruces en el suelo y se agarraba desesperadamente a uno de los barrotes que servían de sostén a los alargados asientos. Tenía los ojos desmesuradamente abiertos de pánico.

La rubia platino Marion Clyde iba de un lado para otro completamente mareada, perdido todo su carnal atractivo.

En cuanto a Frank Curtis, estaba encogido en el suelo junto al mueble-bar con el semblante cerúleo. Sus dientes apretados castañeteaban y sudaba copiosamente igual que el obeso Laffite.

Reapareció Barry en la puerta de los camarotes portando dos rifles de fabricación militar modelo «91». Cruzó la cámara de dos zancadas en sentido contrario y estuvo a punto de ser atropellado por Curtis.

En aquel instante bandeó una vez más el yate y el matón se abalanzó convertido en un obús hacia Barry. El joven lo vio venir y se agachó veloz.

Sintió el silbido del cuerpo de Curtis pasando sobre el suyo y el estrépito que se produjo al estrellarse en la pared opuesta. No se detuvo a comprobar los efectos del golpetazo.

Fox se encontraba todavía en la cubierta de popa.

—Oye, Barry...

Su hermano le entregó uno de los rifles.

—Acaban de declaramos la guerra, Fox.

El menor de los Craig parpadeó asombrado.

—¿Quién...?

—¿Y qué importa eso? —farfulló Barry, tomando posición junto a la borda—. Nuestro deber consiste en repeler la flagrante agresión del enemigo, ¿no?

De nuevo giró bruscamente la embarcación y Fox salió despedido yendo a caer sentado junto a babor. Masculló una maldición entre dientes y rezongó:

—Dunn se está divirtiendo, ¿eh?

Fue a incorporarse cuando un balazo aulló rozándole la oreja derecha y se clavó con seco impacto en la madera de la cubierta. Fox levantó la mirada arrugando el entrecejo. Reaccionó aproximándose encorvado a su hermano mayor.

—¡Eh, Barry!; tengo la impresión que intentan balearnos desde ese helicóptero.

Barry rió ácidamente.

—Gracias por la información, chico.

El mayor de los Craig estaba observando las evoluciones del aparato a unos ciento cincuenta metros de distancia sobre la estela de espuma que iba dejando atrás el yate.

Se llevó el fusil al hombro y apuntó cuidadosamente al hueco lateral abierto en la cabina del helicóptero, por donde asomaba con el fusil en las manos el tirador.

En el momento que Barry oprimió el gatillo tomó a girar el *Delfín Craig* y su bala salió muy desviada.

Fox dejó escapar un gruñido.

—Si Dunn continúa dando estos golpes de timón tendrá mucha suerte si no le pegamos un tiro a él.

El aparato se encontraba ahora a estribor.

Los dos hermanos apuntaron a la vez y en el instante en que dispararon se elevó súbitamente el helicóptero. Los proyectiles pasaron inofensivos por debajo del fuselaje.

—El tipo que maneja los mandos sabe lo que hace —farfulló Barry—. A lo mejor..., ¡al suelo, Fox!

Una bala procedente del helicóptero lamió el borde del barandal de cubierta y estuvo a punto de alcanzarlos.

Barry apretó furioso los maxilares.

—¡Malditos canallas...!

Se disponía a efectuar un rápido disparo, pero otra vez giró violentamente el yate y rodó por la cubierta escurriéndosele el fusil de entre las manos.

Fox aseveró:

—Si Dunn sigue así se le escapará al gordo Laffite..., quiero decir que se desgraciara y tendremos que tirar el yate a la basura. Está tan asustado...

—Está cumpliendo órdenes mías —informó Barry, retomando a

la borda tras recoger el fusil que se le había escapado—. Apunta al motor de la hélice superior, Fox.

Después de la última maniobra efectuada por Dunn, el helicóptero se hallaba más próximo a ellos.

Aún a riesgo de recibir un plomazo, Barry y Fox comenzaron a disparar sin interrupción al aparato.

Uno de los proyectiles debió llegar a su destino puesto que el motor que sujetaba la hélice superior dejó escapar una de las aspas que salió impulsada con fuerza lejos del helicóptero.

Los resultados fueron catastróficos para los ocupantes del aparato agresor.

Comenzó a dar vueltas perdido por completo el control.

Los dos hermanos vieron cómo se precipitaba en dirección al agua y acababa estrellándose en la superficie del mar. Y entonces algo falló, porque el helicóptero estalló convirtiéndose en una antorcha que las aguas apagaron pronto.

Fox se quedó estupefacto.

Después de unos segundos, pudo articular:

—¿Crees que... ha podido salvarse alguno, Barry?

Su hermano sacudió la cabeza.

—Lo dudo mucho. No obstante, daremos varias vueltas en torno por si acaso.

CAPÍTULO VII

—Mi obligación consiste en poner el hecho en conocimiento de la policía de Nassau, Laffite.

—Insisto en que no tiene por qué hacerlo, Craig —rebatí pasándose un pañuelo por la frente sudorosa Rick Laffite—. Esa gente del helicóptero atacó, ¿verdad?

—Por eso mismo. Actué en defensa propia al derribar el aparato matando a los dos ocupantes.

—Pero nadie sabrá que usted lo hizo, Craig. Del helicóptero no quedó la menor huella. Cuando parte de sus restos aparezcan en cualquier playa nosotros nos encontraremos a cientos de kilómetros. Llegarán a la conclusión de que sufrieron un accidente y las autoridades darán carpetazo al asunto. ¿A qué complicarse la existencia notificándolo a la policía? Nos detendrán aquí unos días hasta que se den por satisfechos con nuestras explicaciones... Y necesitamos continuar el viaje.

Barry inspiró aire con fuerza.

Los ojos del obeso Laffite tenían una dureza inusitada clavados fijamente en él. Se encontraban fondeados en el pequeño puerto de la capital de las Bahamas desde hacía media hora. Se habían enfrascado en aquella discusión y nadie mostró interés en descender a tierra.

Barry pensó que si se mostraba demasiado conformista podía despertar sospechas en el grupo de pasajeros. Prefirió adoptar la lógica postura del capitán de barco que se encuentra metido en un embrollo por culpa de sus pasajeros.

—Dígame una cosa, Laffite.

—Si puedo...

—¿Ustedes cinco forman un mismo grupo con intereses comunes

o por el contrario cada cual va por su lado?

Rick Laffite achicó los ojos, que destellaron fijos en Barry.

—¿Qué tiene eso que ver, Craig?

—Mucho, Laffite.

El gordo siguió, inexpresivo el semblante:

—Digamos que... formamos un solo grupo.

—Y usted es el jefe de ellos, ¿no?

Después de un silencio asintió Rick Laffite.

—En efecto.

Barry levantó las manos dejando escapar un resoplido.

—Mire, Laffite... No me gusta que dos tipos ataquen mi yate a balazos desde un helicóptero. No es normal que suceda. Hemos hecho infinidad de veces este trayecto y jamás ocurrió nada por el estilo. Nada semejante ha sucedido a los restantes yates que conozco en Miami. Esto sólo significa una cosa.

Al callar Barry silabeó frío Laffite:

—¿Qué cosa, Craig?

—Que ustedes han sido la causa del ataque. Algo poco limpio se está cociendo a nuestro alrededor y me gustaría saber lo que es. Igual se nos presenta en cualquier momento un avión de caza y nos envía a freír espárragos.

Rick Laffite siguió sin apartar los ojos del rostro de Barry:

—¿De veras le gustaría saber de qué se trata, Craig?

El joven le soportó la mirada sin pestañear.

—Desde luego. No quiero ver hundido el *Delfín Craig*.

Laffite guardó silencio durante largos segundos. Encendió un grueso cigarro que tenía en las manos y después de echar una buena bocanada de humo, inquirió despacio:

—¿Se conformaría con una indemnización de cien mil dólares?

Dunn y Fox, que se hallaban presentes al igual que los otros cuatro pasajeros, tragarón saliva con dificultad. Barry se pasó la mano por el mentón procurando conservar la calma.

—¿Qué trata de insinuar, Laffite?

—No es una insinuación, Craig. Cobrarán cien mil dólares cuando todo haya concluido. Pero deben prometer no extrañarse por nada de lo que ocurra en adelante.

Barry lo pensó brevemente.

—Le he cogido querencia al *Delfín Craig*, Laffite. No me gustaría

ver que se iba al fondo del mar.

—Con cien de los grandes podría comprar otro yate mejor que éste y aún le sobraría dinero.

—Esos cien son una quimera y el barco es una realidad, Laffite —dijo Barry—. Y también es una realidad desagradable que se te ponga encima un aparato pegando pepinazos.

—Prefiere saber lo que hacemos en su barco, ¿eh?

—Me tiene sin cuidado a lo que se dediquen como le dije a Andrea Lowe. Siempre que no peligren nuestras vidas y la policía no tenga motivos para precintar el barco.

Frank Curtis adelantó el mentón interviniendo:

—Cien mil dólares es un buen precio por guardar silencio, Craig.

Barry le apuntó con la mano extendida haciendo una mueca.

—Los subordinados a callar, Curtis. Esta conversación es a nivel de primeros ministros.

Fox Craig dejó escapar una risita silenciosa y Curtis apretó los maxilares furioso. Se disponía a replicar áspero, pero lo contuvo Laffite:

—Silencio, Frank —luego se giró a Barry y agregó—:

Pero tiene razón Curtis, Craig. Cien mil es un excelente precio para permanecer mudo y ciego.

Barry Craig denegó en lenta, pero firme cabezada.

—No para mí, Laffite. En Nassau se acaba la singladura.

Aquellas palabras las había dicho Barry con la seguridad de que Laffite seguiría insistiendo y en su mente estaba dejarse convencer finalmente. Ciertamente que no podía despertar sospechas en el grupo de pasajeros, pero al mismo tiempo tenía que seguir con ellos para colaborar con Guy Mac Laine del FBI.

Mas la reacción de Laffite fue muy distinta a la que supuso, a pesar de que siguió insistiendo.

Pero empuñando un pistolón que extrajo rápidamente de alguna parte de su obeso cuerpo.

Sonriendo lobunamente le apuntó al pecho.

—Yo creo que la singladura no termina en Nassau. ¿Usted qué opina, Barry?

El joven tragó saliva comprendiendo.

—Que el viaje continúa, Laffite.

—¿Ve como siempre se llega a un acuerdo?

A continuación se giró a Kent Harlam diciendo:

—Ya podéis disponerlo todo para bajar a tierra, Kent. Interesa que os deis prisa.

Harlam movió la cabeza afirmativamente.

—Procuraremos estar aquí antes del amanecer.

Mientras Kent Harlam penetraba en los camarotes seguido por el canoso Curtis y de Andrea Lowe, fue explicando Laffite a Barry:

—Kent, Frank y Andrea descenderán a tierra, Craig. Tienen un trabajo que les ocupará toda la noche. Sus hermanos irán con ellos.

Barry arqueó las cejas.

—¿Mis hermanos?

—No tienen que hacer nada —emitió una suave risita Laffite sin dejar de apuntarle—. Se trata simplemente de alejarlos del barco. Vigilarlo a usted solo no será difícil, pero verme obligado a vigilarlos a los tres..., prefiero no correr el riesgo. Kent dejará a sus hermanos en un hotel y pasará a recogerlos cuando acabe el trabajo.

—¿Así de sencillo?

—Desde luego.

—¿No teme que Dunn y Fox acudan a explicar el asunto a la policía cuando se queden solos?

—¿Sabiendo que usted se encuentra en mi poder y que los agentes de la ley jamás llegarían a tiempo de salvarle la vida? No me haga reír, piloto.

—Lo tiene todo pensado, ¿eh?

—Jamás dejo algo al azar.

Reaparecieron Harlam, Curtis y Andrea. La chica se había puesto un vestido verde bastante escotado y dirigió una fugaz mirada a Barry que éste no supo interpretar. Harlam y Curtis llevaban pistolas en la axila.

Dunn y Fox también fueron a asearse un poco vigilados por Curtis y al terminar bajaron los cinco a Nassau.

Laffite hizo una seña a Marion al quedar solos en el yate.

—Trae unas espesas que encontrarás en mi camarote, Marion. Estaré más tranquilo si sujeto a Craig a alguna parte.

Poco después quedaba ligado Barry a una de las barras metálicas que sostenían los alargados asientos por medio de las manillas.

Kent Harlam detuvo el coche alquilado frente a un hotel de dos estrellas y dijo a los hermanos Craig:

—Abajo, muchachos. Debéis pedir una habitación en ese hotel y no moveros de ella hasta que pasemos a buscaros. Nada de abandonarlo porque sabéis lo que le sucederá a vuestro hermanito, ¿conforme?

Esquinado en el asiento posterior junto a los Craig, apostilló Frank Curtis:

—Lo saben de sobra, Kent.

Dunn y Fox cabecearon y el primero dejó escapar un gruñido.

—No os quejéis que podría ser peor para vosotros —recriminó burlón Harlam—. En este hotel ponen sábanas en las camas. Venga, bajad de una vez.

Los dos hermanos echaron pie a tierra.

Al arrancar el coche acelerando observó Dunn que Andrea Lowe no apartaba la mirada del frente. Sentada junto a Harlam que conducía, no había girado la cabeza ni una sola vez.

Solos en las sombras de la calle, inquirid Fox.

—¿Qué hacemos, Dunn?

—Lo que ellos han dicho. Entrar ahí y pedir una habitación.

—Si avisáramos a la policía...

—Olvidalo —cortó Dunn, dando un manotazo al aire—. El maldito gordo es muy capaz de darle matarile a Barry. Vamos.

En el mostrador de recepción los recibió un tipo medio calvo de ojos saltones y pequeña estatura.

—¿Una habitación doble, señores?

Dunn afirmó moviendo la cabeza.

—Lo acertó.

—¿Desean... sábanas?

Fox se mosqueó y masculló áspero:

—Si le parece ros da un jergón lleno de paja y nos echamos a dormir en el suelo. ¡Claro que queremos sábanas, conchos!

El hombrecillo sonrió socarrón doblando el espinazo.

—Desde luego, señor. Lo que usted ordene, señor.

Al tiempo que les tendía el registro para que firmasen, preguntó servil:

—¿No traen equipaje?

—Sólo pasaremos aquí esta noche.

El hombrecillo carraspeó llevándose la mano a los labios.

—En ese caso..., tendrán que abonar el importe por anticipado.
Es la costumbre...

—De acuerdo. ¿Cuánto es?

—Cincuenta dólares.

Fox estaba firmando en aquel momento y respingó garabateando en el libro con el bolígrafo. Levantó la cabeza airadamente y gruñó adelantándose a su hermano:

—No queremos comprar la habitación. Sólo alquilarla un rato para dormir.

El de los ojos saltones se pasó la lengua por los labios.

—Las sábanas son caras, señor.

—Pues podrías comprarlas en una rebaja, conchos.

El tipo soltó una risita.

—El señor es muy gracioso.

—Al señor le cabrea que le tomen el cuero cabelludo, ojos de lechuza.

—Está bien, está bien —cortó Dunn a su hermano, depositando cinco billetes de a diez sobre el mostrador—. No te preocupes porque pagará el hospedaje el gordo Laffite, Fox. ¿No dice que le sobra el dinero?

El encargado de recepción les entregó la llave indicándoles la ubicación de la habitación en el primer piso.

Cerrando la puerta a su espalda, comentó Dunn:

—Hacía una eternidad que no estaba en una habitación como Dios manda, Fox...

—Pues yo duermo muy a gusto en la litera.

—Y yo también. Aunque de vez en cuando se podía gastar Barry unos dólares y dejamos dormir por lo menos una noche en cualquier hotelito de Miami. Tener que hacerlo siempre en el yate...

—Es una forma de ahorrar.

—Ya.

En eso sonaron unos suaves golpecitos en la puerta y torció el gesto contrariado Dunn.

—Espero que no sea Harlam ya —se quejó—. Aseguró que tardaría unas horas en regresar, ¿no?

—Iré a ver.

Fox se llegó a la puerta y la abrió.

Parpadeó asombrado porque delante tenía a dos hembras de bandera.

Una morena de cuerpo sinuoso y ojos que no le cabían en la cara, y una pelirroja de voluminoso busto que no tendría necesidad de criar a sus bebés con leche malteada.

La pelirroja le envolvió en una cálida sonrisa.

—Nos vamos a entender muy bien, muchacho —prometió abanicando las pestañas—. Cuando el que pide nuestro servicio es un viejo hay que hacer de trinas corazón.

Fox tragó saliva, seca súbitamente la garganta.

—¿Qué está diciendo, hermana?

Dunn se había venido también a la puerta y tan asombrado como su hermano contemplaba a las dos hembras.

La morena avanzó el busto retadoramente.

—No vais a dejarnos todo el tiempo en la puerta, ¿eh?

Como puestos repentinamente de acuerdo saltaron a un lado, Dunn y Fox dejando expedita la entrada.

—Adelante, preciosas —rió Dunn, recuperado de la primera sorpresa—. Puesto que no parecéis equivocadas y queréis guerra, aquí estamos dos valerosos soldados.

—Dispuestos a cumplir nuestro deber, nenas —apostilló Fox, paseando la mirada minuciosamente por los salientes turbadores de la morena—. No sé lo que buscáis, pero seguro que lo vais a encontrar.

Las dos mujeres entraron en la habitación y dijo la pelirroja:

—Me llamo Rita y mi compañera Lucy, chicos. Somos las dos sábanas que habéis solicitado.

CAPÍTULO VIII

Dunn y Fox cambiaron una mirada de estupor.

—¿Las... sábanas?

La pelirroja Rita reflejó en el rostro una expresión de extrañeza.

—¿Qué esperabais, chicos? Por quince cochinos dólares no podéis exigir una cándida doncella.

—No es eso, Rita —habló sin dejar de mirarle el desarrollado busto, Fox Craig—. Lo que ocurre es que no sabíamos que...

—Ya comprendo, Rita —intervino, risueña, la morena Lucy—. Estos muchachos no tienen mucha experiencia de dormir en hoteles.

Fox dio una cabezada, ceñudo.

—Por culpa del tacaño de Barry.

—¿Quién es Barry?

—Déjalo. Si de vez en cuando nos hubiera llevado a un hotel...

La pelirroja les miró asombrada.

—¿De veras no sabíais que pedir sábanas en un hotel significa deseo de compañía femenina?

Dunn denegó moviendo la cabeza.

—Ni idea.

—Pues estáis muy atrasados, chicos.

—En otras cosas llevamos una gran ventaja, pelirroja —le aseguró, serio, Dunn—. Puedo asegurarte...

—El movimiento se demuestra andado, chico —echó la cabeza atrás soltando una carcajada Rita—. He conocido a verdaderos atletas que a la hora de la verdad...

—Yo no he ido a ninguna olimpiada, Rita.

Y embolsó, entusiasmado, Dunn, sujetándola por la cintura y tirando con fuerza de ella. Empezó a besarla ávidamente el hombro, el cuello, la oreja... Acabó aplastando la boca en los pulposos labios

femeninos que correspondían a las mil maravillas.

Fox siguió el ejemplo de su hermano.

Aulló como un apache saltando sobre la morena Lucy y comenzó a devorarla. Lucy tuvo la impresión que Fox disponía de siete manos de repuesto para casos como aquél.

Ambas parejas se hallaban dispuestas para llevar a cabo empresas mayores, cuando se abrió la puerta de la habitación y en el hueco se enmarcó una mujer de líneas ondulantes.

Por encima del hombro de Lucy, rugió Fox:

—¡Otra sábana, Dunn!

—Ya estamos provistos.

De pronto, reconoció Fox a la recién llegada y soltó a la morena resollando:

—Eh, Dunn, se aguló la fiesta.

—¿Quién diablos...?

Dunn Craig también había reconocido a Andrea Lowe, que avanzó unos pasos hacia el interior de la estancia, severa la expresión reflejada en su semblante.

Deteniéndose hizo un ademán a las dos furcias.

—Fuera de aquí.

La pelirroja Rita la miró de arriba abajo desafiante y levantó las manos, ahuecándose la melena.

—¿Eres, acaso, la mamá de los nenes?

—He dicho que salgáis.

Lucy apretó los labios, furiosa.

—¡Oye, tú...!

La sujetó Fox por los codos y susurró junto a su oído:

—Seguiremos hablando más tarde, morenaza. Ahora será mejor que os vayáis sin armar jarana.

Rita levantó la cabeza mirando despectiva a los dos muchachos.

—Vámonos, Lucy. A fin de cuentas ya hemos cobrado, ¿no?

Las dos mujeres lanzaron una última mirada llena de desprecio a Andrea y abandonaron la habitación. Yendo a cerrar la puerta se giró Dunn inquiriendo hosco:

—¿Dónde aprendiste el don de la oportunidad, hermosa?

—Necesitaba hablaros.

Fox soltó un resoplido, malhumorado.

—Te hacíamos lejos de aquí. No hay derecho a que nos hagáis

una cochinada como ésta, conchos.

Andrea Lowe paseó la mirada por los dos hermanos y explicó:

—Descendí del coche dos manzanas más allá de la puerta del hotel, Kent y Frank se bastan solos para el trabajo que tienen que hacer. Me encargaron la misión de vigilarlos por si os daba por cometer alguna tontería que pueda perjudicarnos.

—Te podías haber sentado en la puerta a convencerte de que no salíamos, ¿no? —Gruñó Dunn—. Pero no, has tenido que entrar a fastidiar. Uno no puede estar tranquilo ni en...

—Basta ya, Dunn —le cortó Andrea haciendo un ademán—. ¿No os habló Barry de lo que hay en juego?

—¿De qué hablas?

—Vuestro hermano Barry fue llamado a presencia del capitán Chester Nolan en Miami, ¿no?

Dunn y Fox cambiaron una mirada de extrañeza, y cautamente decidieron guardar silencio.

Andrea se mostró impaciente:

—Yo estoy dentro del asunto, muchachos.

—¿De qué asunto?

—Oh, no os hagáis los nuevos.

—Somos nuevos, flamantes —aseguró Fox, hinchando el pecho—. Dunn tiene veintiséis y yo veinticuatro, morenaza. Si es verdad que tu misión consiste en vigilarnos es mejor que lo hagas desde fuera o te confundo con una sábana.

Los ojos de Andrea despidieron chispas.

—Y yo te abro la cabeza, Fox Craig. —Hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Me resultará difícil ponerme en contacto con Barry en el barco y por eso...

Dunn rió, interrumpiéndola.

—Será ahora, ¿no? Hoy mismo os descubrí bastante contactados.

—Aquello fue casual.

—Eso se lo dirás a todos.

La chica inspiró, llevando aire a sus pulmones y se armó de paciencia, continuando:

—Es mejor que me escuchéis, muchachos. Los pasajeros que lleváis a bordo pertenecen a una organización de espionaje internacional.

Fox se burló:

—Y tú eres la Matarili, ¿eh?

—Querrás decir la

Mata-Hari,

so animal —le increpó Dunn.

—Yo soy una agente especial del FBI. He conseguido introducirme entre ellos y tengo que impedir que esa gente saque del país un documento secreto de gran importancia.

—No me digas.

Andrea Lowe clavó las pupilas en Dunn.

—Deja de burlarte. Barry estuvo hablando con el inspector Guy Mac Laine en el despacho de Nolan. Os ha debido poner al corriente del asunto. Si lo que pasa es que no confiáis en mí... —La chica guardó silencio y levantó los hombros desalentada—. No tengo forma de convencerlos. Sólo a Barry puedo hacerlo.

Dunn Craig arrugó el ceño y giró la cabeza a su hermano.

—¿Te dijo Barry lo que había hablado con Nolan, Fox?

—No.

—A mí tampoco. Se me fue con evasivas cuando le pregunté los motivos de la llamada del capitán. Es muy raro, ¿no?

Fox Craig se pasó la mano por el rostro súbitamente serio. Miró atentamente a Andrea y después preguntó a Dunn:

—¿Crees que la morenaza está diciendo la verdad?

—¿Y yo qué sé? —exclamó, levantando los hombros su hermano—. A lo mejor resulta...

—Juro que no os engaño —insistió en tono casi suplicante Andrea—. Necesito vuestra ayuda.

Se hizo un silencio, y Dunn Craig ladeó la cabeza escrutando especulativamente la cara de ella.

—Supón que te creemos. ¿Qué tipo de ayuda necesitas? Te advierto que si hay que liquidar...

—No se trata de matar a nadie —habló, rápida, Andrea—. Sólo tenéis que informar a Barry que se mantenga alerta cuando lleguemos a Puerto Príncipe.

Dunn arrugó el ceño.

—¿Sólo eso?

—Es bastante. Barry lo comprenderá perfectamente y sabrá lo que tiene que hacer.

Fox se masajeó el mentón.

—¿Y si se trata de una trampa?

—No hay ninguna trampa —suspiró Andrea—. Decid a Barry que no se descuide en ningún momento. Pero sobre todo cuando estemos en Haití. Y que espere sin intentar hablar conmigo.

Dunn intervino, indagando:

—¿Adónde fueron Harlam y Curtis?

La chica forzó una mueca.

—No lo sé. Creo que se tienen que entrevistar con una persona al otro lado de la isla.

—¿Para qué?

—A eso no puedo responder todavía. Sólo os puedo decir una vez más que tengáis confianza. Barry se precipitó al pretender acabar el viaje después del ataque del helicóptero y ahora sufrirá las consecuencias. Lo mantendrán en todo momento bajo vigilancia. Por eso os he pedido que a la menor ocasión le pongáis al corriente.

Hubo una pausa y añadió Andrea:

—Ahora será mejor que regrese a mi habitación. Aunque Harlam y Curtis tardarán en volver, no quiero que se vaya todo al traste por una imprudencia.

Dunn alargó el brazo, reteniéndola.

—Un momento, Andrea.

La chica levantó la mirada hacia él.

—¿Si?

—Has insistido en que debemos informar a Barry que debe mantenerse alerta cuando lleguemos a Puerto Príncipe. Pero no has aclarado por qué.

Andrea respondió quedamente:

—Allí desean acabar con vosotros.

CAPÍTULO IX

—Hace rato que hemos salido de Nassau y todavía no me ha dicho el rumbo que debo seguir, Laffite.

—Haití, Craig. Concretamente, Puerto Príncipe.

Barry ladeó la cabeza y dirigió una irónica mirada a la pistola que sostenía Rick Laffite apuntándole.

—¿Y piensa mantenerme encañonado todo el tiempo?

El obeso individuo dejó escapar una risita.

—No me diga que se pone nervioso, Craig.

El joven continuó con ambas manos sobre el timón. Los dos se encontraban solos en el puente de mando. Fija la mirada en el manto azulado del mar, respondió displicente:

—Lo digo porque acabará cansándose, Laffite. Tardaremos varios días en llegar a Puerto Príncipe.

—No se preocupe por eso. Ya nos iremos turnando.

Barry observó a Marion Clyde y Andrea Lowe tomando el sol sobre la cubierta de proa: Por su mente estaba pasando una idea, pero la rechazó enseguida. No obstante, dijo:

—Podría librarme de esta vigilancia cuando quisiera, Laffite. Es idiota que siga empuñando la pistola.

Rick Laffite achicó los ojos.

—Me gustaría saber cómo iba a conseguirlo.

—No, Laffite. Seguro que no le gustaba en absoluto.

—Deje las fanfarronadas, Craig. Será una forma de que nos entendamos bien.

—Poseo una extraordinaria habilidad en las manos, Laffite — siguió en tono burlón, Barry—. Podría quitarle la pistola sin que se diese cuenta siquiera.

—No me haga reír.

—Se lo aseguro. La habilidad me viene de herencia. Un tío mío robaba de treinta y cinco a cuarenta relojes diarios. Hacía análisis clínicos, y antes de clavar la aguja en la vena de los pacientes les quitaba el reloj sin que lo advirtieran.

—Un tipo listo, ¿eh?

—No mucho. En cierta ocasión cometió el error de robárselo a un energúmeno y éste sí se dio cuenta. De un puñetazo en la cabeza le provocó un derrame cerebral.

—Eso le demuestra que no se debe ser demasiado listo, Craig.

—Sí, pero...

Sin llegar a concluir la frase aplicó Barry un repentino giro al timón. Lo suficiente para hacer perder el equilibrio a Rick Laffite, pero no tan brusco como para que las dos muchachas que tomaban el sol en la cubierta salieran despedidas por la borda.

Laffite imprecó una maldición y antes de darse cuenta ya se le había echado encima Barry arrebatándole la pistola.

Volviendo rápidamente a sujetar el timón con la diestra, rió el joven encañonando a Laffite con la pistola sostenida en la zurda.

—¿Qué me dice ahora, Laffite?

El gordo le lanzó una mirada llena de odio.

—Se arrepentirá de esto, Craig.

Barry torció el gesto, fastidiado.

—No sea imbécil, hombre. No pretendo mantenerle prisionero ni mucho menos. Sólo deseaba demostrarle que es idiota que pretenda mantenerme enfocado por el cañón de la pistola tantos días. Usted me prometió cien mil dólares al final del viaje, ¿no?

Rick Laffite entornó los párpados mirándole interesado.

—¿Ha decidido que le conviene aceptar?

—Por supuesto —rió abiertamente Barry—. Sería una necedad despreciar cien de los grandes, ¿no?

Y para dar mayor confianza al gordo individuo volvió a tenderle el arma, sujetándola por el cañón.

Laffite se apresuró a cogerla y después de mirarla atentamente unos segundos la devolvió a la funda sobaquera optando por no seguir encañonando al joven.

—Ha sabido elegir, Craig.

—Eso espero, Laffite.

Dunn apareció en aquel instante en la puerta de la cabina,

extrañado por el bandazo del yate.

—¿Qué ocurre, Barry?

—Nada, Dunn. ¿Dónde se encuentra Fox?

—Reparando los daños causados por las balas que nos lanzó el helicóptero. —Dunn hizo una pausa y señaló el cristal pulverizado del puente de mando—. De eso no tenemos repuesto, Barry.

—Es igual. Lo repondremos al regresar a Miami.

—Sí, pero...

—Déjalo, Dunn. He llegado a un compromiso con el señor Laffite y es muy posible que abandonemos la navegación por una larga temporada.

—Quieres decir que aceptas los cien mil a condición de volverte mudo y ciego, ¿eh?

—Tú y Fox también seréis mudos y ciegos, Dunn.

Barry estaba observando que las miradas de las dos mujeres tendidas en la cubierta se hallaban pendientes de lo que ocurría en la cabina de mando. Bostezó estirando los miembros y pidió a su hermano:

—Relévame un rato, Dunn. Estoy cansado —y volviéndose a Laffite, preguntó—: ¿Me está permitido tenderme al sol, Laffite?

El gordo sujeto siguió la mirada del joven hasta detenerla en Marion y Andrea.

—Usted lo que desea es darle palique a las chicas, Barry.

El mayor de los Craig le miró recto a los ojos.

—¿Pertenecen a un coto privado, Laffite? Si es así me retiro y en paz. No me gusta entrometerme.

Laffite movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

—No tengo un interés especial por ninguna de ellas, si es lo que insinúa, Craig. Pero yo de usted me andaría con cuidado.

—¿Por qué?

—Curtis es un tipo celoso y se cree dueño de Marion Clyde, aunque la muchacha no le trague.

Barry esbozó una sonrisa.

—Siempre he sabido cuidar de mi persona, Laffite.

Se disponía a abandonar la cabina, cuando llamó quedo el gordo:

—Craig...

—¿Sí?

—No me defraude.

Barry fingió extrañeza.

—¿A qué se refiere?

—Ya me entiende —silabeó, bajito, Laffite—. El que intenta engañarme siempre sale mal parado.

El joven soltó orna suave risita y levantó los hombros.

—Descuide, Laffite. Me interesan los cien mil.

Acto seguido salió del puente de mando, sin percatarse de la angustiosa mirada que le lanzaba su hermano Dunn. Afortunadamente para ellos, tampoco la advirtió Laffite.

Barry descendió a la cubierta de proa.

—Pega fuerte el sol, ¿eh?

La rubia platino levantó los ojos hacia él.

—Me gusta tomarlo y tengo escasas ocasiones de hacerlo, Barry. Lo malo es que mi piel es muy delicada.

—Entonces te conviene resguardarte, Marion.

La muchacha sonrió, sarcástica.

—¿Es una forma delicada de decirme que quieres quedarte a solas con Andrea, Barry?

Andrea compuso una mueca de fastidio hablando por primera vez:

—No seas necia, Mario. Barry y yo no tenemos que hablar nada que tú no puedas escuchar.

Barry se aproximó a ella arrodillándose en la cubierta.

—A lo mejor he venido a declararte mi amor, Andrea.

—No seas payaso.

Marion Clyde dejó escapar una risita.

—Yo de ti lo escucharía, Andrea. Barry tiene buena planta y creo que acabará haciéndose... rico.

Andrea la fulminó con la mirada.

—Si os ponéis a decir tonterías, me marchó.

Barry alargó la mano y le rodeó el brazo con los dedos.

—Quédate, Andrea.

—A Barry le interesa que la que marche sea yo, chica —siguió, burlona, Marion—. No puede estar más claro, mujer.

Hizo intención de incorporarse y gritó furiosa Andrea:

—¡La que se va soy yo!

Barry arrugó el entrecejo sin comprender a la morena. Cuando la

besó, creyó ver en sus pupilas algo extraño, como una agradable sensación de correspondencia a su pasión.

Se fue levantando despacio sin dejar de mirar ceñudo, a Andrea.

—Creo que te puedes quedar todo el tiempo que quieras, Marion —masculló, sin desviar los ojos de la rubia platino—. Al parecer, soy yo quien estorba.

Andrea Lowe crispó los labios y ni siquiera se giró cuando Barry abandonó la cubierta en dos zancadas.

Se disponía el joven a ascender a los camarotes cuando vio a Kent Harlam salir como una exhalación, de ellos.

—¡Han matado a Frank!

Todos se quedaron de muestra.

Rick Laffite continuaba en el puente de mando con Dunn. Fox se hallaba bien visible sobre el tejadillo de los departamentos inferiores reparando el agujero de una bala. Barry acababa de dejar la compañía de las chicas en cubierta...

En cuestión de segundos se encontraban todos en la cubierta inferior de popa, excepto Dunn, que siguió empuñando el timón. Rodeaban a Kent Harlam, que tenía demudado el semblante.

Rick Laffite fue el primero en resollar:

—¿Acaso te has vuelto loco, Kent?

* * *

Kent Harlam no se había vuelto loco.

Tendido boca arriba, en la litera de su camarote, Frank Curtis plasmaba en sus facciones una expresión de infinito asombro, de estupor inaudito. En el pecho, justo a la altura de la tetilla izquierda, alguien le había asestado una feroz puñalada.

Una cuchillada que a juzgar por la expresión de su rostro, él no esperaba recibir de su asesino.

Rick Laffite se giró mirando duramente a Harlam.

—Tú eres el único que se encontraba dentro, Kent, ¿quieres explicar lo ocurrido?

Harlam desorbitó los ojos mirando al gordo.

—Eh..., no estará pensando que yo lo hice. ¿Qué sentido puede tener que yo mate a Frank?

Laffite siguió mirándole inexpresivo.

—Dame una explicación creíble, Kent.

Harlam tragó saliva y se pasó la lengua por los labios súbitamente resecos. Tuvo que hacer un esfuerzo para ir diciendo:

—Frank y yo no pudimos dormir nada anoche. Por eso nos metimos en los camarotes tan pronto salimos de Nassau. Usted mismo nos lo aconsejó, Laffite. Juro que estuve durmiendo hasta hace un momento. Cuando me desperté salí al pasillo y vi abierta la puerta del camarote de Frank. Me acerqué y... ya estaba muerto.

Rick Laffite se masajeó el mentón, pensativo, y agregó Harlam:

—Es evidente que alguien entró aquí mientras Frank y yo dormíamos, Laffite. Es absurdo que piensen en mí como culpable. ¿Qué interés podría yo tener para...?

Barry Craig intervino interrumpiéndole:

—También es evidente que mis hermanos y yo quedamos fuera del asunto.

Rick Laffite giró la cabeza posando los ojos fríos en él.

—Explíquese, Craig.

—Es bien sencillo. El rostro de Curtis refleja sin lugar a dudas que le apuñaló alguien en quien él confiaba. Y no podía fiarse de ninguno de nosotros tres.

Hubo un silencio entre los reunidos y de pronto les sorprendió Rick Laffite diciendo al tiempo que encogía los hombros:

—Está bien. De momento vamos a dejar las cosas tal como están. Ya indagaremos más adelante.

Fruncido el ceño, inquirió Barry:

—¿Y qué me dice del muerto, Laffite? Si hemos de dar cuenta a la policía cuando lleguemos al próximo puerto...

—Olvídese de la policía, Craig. Ésta es una cuestión que resolveremos nosotros mismos.

—Pero no podemos dejar el cadáver de Curtis en el camarote.

—Envuélvanlo en un saco y tírenlo por la borda.

CAPÍTULO X

El comportamiento de los ocupantes del barco durante el trayecto hasta Puerto Príncipe fue hartamente extraño. Después de lanzar el cadáver de Curtis al agua todo fueron miradas recelosas entre ellos, y no perderse de vista los unos de los otros.

Pero al día siguiente todas las desconfianzas se volatilizaron, o, por lo menos, daba esa impresión.

Rick Laffite hasta se mostraba de buen humor algunos ratos y gastaba bromas que Harlam, Marion y Andrea celebraban con forzadas sonrisas, y que los Craig, al no tener obligación de reír, recriminaban con gruñidos hostiles.

«No está bien eso de mondar de risa después de haber tirado al agua a un compañero, conchos», pensaba, asqueado, Fox Craig.

Por otra parte, observó Barry que Laffite y Harlam le tenían constantemente bajo vigilancia, Procuraban turnarse de modo que siempre hubiese uno u otro cerca de él.

En las veces que vio a Andrea Lowe, Barry observó en sus ojos extrañas miradas que no supo interpretar.

Porque ni siquiera Dunn y Fox pudieron estar a solas con Barry, sin la alternada presencia de Harlam o Laffite. Este último, erigido ya en jefe del grupo, había dispuesto que todos durmieran con la puerta del camarote abierta, estableciendo un turno de imaginaria para que no volviese a ocurrir lo de Curtis.

Cuando atracaron finalmente en Puerto Príncipe, se dirigió Rick Laffite a los seis y consultando su reloj, dijo:

—Andrea, Kent y yo, tenemos trabajo en la ciudad —hablando parecía mirar casi exclusivamente a Barry—. Son las nueve de la mañana y probablemente permanezcamos fuera todo el día. Podéis matar el tiempo en la forma que creáis conveniente.

Marion Clyde, la rubia platino, inició una protesta:

—Yo supuse que también iría, Laffite.

El gordo le palmeó cariñosamente la mejilla y dijo con helada entonación:

—¿Quieres que los hermanos Craig sospechen de nosotros, Marion? Por lo menos, uno del grupo debe quedarse con ellos.

—Sí, pero...

—Estaremos de vuelta antes del anochecer, Marion —siguió diciendo Laffite, sin cambiar de tono—. Desecha las preocupaciones de tu mente, que envejecen, muchacha. Y en ti sería un delito.

Mientras hablaban, Laffite y Marion, de nuevo se percató Barry de la extraña mirada que albergaban los ojos de Andrea Lowe. Incluso hubiera dicho que la chica estaba asustada y recurría angustiosamente a él solicitando ayuda.

Pero no despegó los labios.

Rick Laffite le estaba diciendo:

—¿De acuerdo, Craig?

—Una cosa, Laffite —objetó Barry—. ¿Cuándo me pagará los cien mil pavos prometidos?

El obeso sujeto sonrió lobunamente.

—Dije cuando todo el asunto finalice, Craig.

—¿Y quién me asegura que no está finalizando?

Ahora abrió los ojos, sorprendido, Laffite.

—¿Qué dice, Craig? ¿Acaso piensa que podemos irnos y no regresar a su yate?

—Es posible, ¿no?

—Es posible, pero no lo haremos —respondió, fulgurantes los ojos, el gordo—. Aprecio mucho a, Marion para dejarla aquí a merced de la furia de ustedes, Craig.

Barry le escrutó el rostro unos segundos y acabó dando una cabezada de asentimiento.

—Está bien, Laffite. Esperaremos aquí.

Laffite aún comentó, risueño:

—No tema por su dinero, Craig.

Hicieron los preparativos, y poco después descendían a tierra, Andrea, Harlam y el propio Laffite. La chica aún giró la cabeza en la pasarela y le dirigió una breve, pero intensa mirada.

Rick Laffite llevaba en la mano un portafolios.

Desde la cubierta del Delfín Craig, les vio Barry coger un taxi y alejarse del puerto.

A su lado, inquirió Marion Clyde:

—¿Te fías de Laffite, Barry?

El joven frunció el ceño mirándola curioso por encima del hombro.

—La pregunta sería si te fías tú, Marion. Como quien dice..., te ha dejado en prenda, ¿no?

—No tengo la menor confianza en Rick Laffite.

—Sin embargo, llegaste a mi barco formando parte de su grupo.

—Debido a extrañas circunstancias que no puedo explicarte ahora. No obstante, me repugna ese gordo asqueroso.

—En cambio, él parece apreciarte, rubia.

—¿Rick Laffite...? —comentó, despectiva, Marion Clyde—. Ese tipo es incapaz de apreciar a su propia madre.

Barry se giró totalmente a la rubia y pasándose la diestra por el mentón, dijo escrutándole el rostro:

—Vamos a ver si lo entiendo, Marion. Según parece, estás haciendo todo lo posible para desprestigiar a Laffite ante mí, ¿con qué propósito? Si crees que nos jugará una mala pasada es mejor que abras la espita y hables claro.

Brillantes las pupilas, sentenció Marion Clyde:

—Laffite, Harlam y Andrea, nunca regresarán.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Lo estoy.

—¿Y por qué te han dejado a ti con nosotros?

Ella encogió los hombros.

—Quizá es que les estorbo.

Barry guardó silencio unos instantes. Contempló a sus hermanos poniendo en orden las dependencias del yate, afanados en la tarea que estaban haciendo.

De pronto, propuso a la rubia:

—¿Te parece bien echar un vistazo a la ciudad, Marion? Puerto Príncipe está lleno de lugares exóticos y al mismo tiempo encantadores. Entre las ciudades cosmopolitas que conozco, es mi preferida. Aquí se dan la mano varias culturas. Primitivas costumbres importadas de Africa. Los habitantes son, en su mayoría, negros y mulatos. Sólo un diez por ciento de blancos. A

pesar de su antigua fundación sus calles son extrañamente rectilíneas, como si la gente del siglo XVIII hubiese previsto la importancia de ese detalle para la futura circulación automovilística. Yo...

Marion le contó, sonriendo:

—¿Quieres hacerme de guía turístico en Puerto Príncipe, Barry?

El joven también esbozó una sonrisa.

—Deseo que charlemos un rato en un lugar tranquilo, Marion — observó que la chica llevaba puesta una blusa de fino tejido sujeta al vientre por un nudo, y unos cortos *shorts*—. No hace falta que te cambies de ropa.

—De acuerdo, Barry —decidió, mirándole a los ojos ella—. Vamos a buscar ese lugar en la ciudad.

—Espera un momento —pidió él—. Justo el tiempo de ponerme una camisa.

Desapareció por la puerta que llevaba a los camarotes y enseguida regresó junto a ella.

Dunn se hallaba cerca de la cubierta de popa y le dijo Barry:

—Vamos un rato a la ciudad, Marion y yo, Dunn.

Su hermano dejó lo que estaba haciendo y levantó la cabeza arrugando el ceño:

—¿A la ciudad?

—¿Qué tiene eso de extraño? —inquirió a su vez Barry—. Laffite volverá tarde y no vamos a estar todo el día encerrados en el yate. Vosotros también podéis bajar cuando os plazca.

Dunn se pasó la mano por la nuca.

—El caso es...

—¿Qué, Dunn?

—Quería charlar un poco contigo, Barry.

—Está bien —movió la cabeza afirmativamente el mayor de los hermanos—. ¿Qué te impide hacerlo?

Dunn miró brevemente a la chica y titubeó.

—Bueno... en realidad no es nada importante. Puede esperar.

Barry comprendió que Dunn deseaba informarle de algo, pero no deseaba que Marion Clyde escuchara lo que tenía que decirle. Dudó unos segundos y acabó decidiendo que charlarían a su vuelta.

Marion y él bajaron al puerto, observados por Dunn y Fox, que había venido junto a él.

—Barry se pinta sólo para liarlas, ¿eh, Dunn?

Su hermano dejó escapar un resoplido.

—Nos estamos metiendo en algo gordo, Fox.

—¿Cómo qué?

—No te lo puedo decir todavía, pero tengo el vago presentimiento que cuando la cosa estalle correrá la sangre en abundancia.

Foxladeó la cabeza mirando, alarmado, a Dunn.

—Oye..., no seas pájaro de mal agüero, conchos.

—Al tiempo. —Dunn hizo una pausa en actitud pensativa y después de sacudir la cabeza agregó—: Vamos, chico, cuanto antes acabemos la faena más pronto podremos bajar a refrescar la garganta.

Media hora más tarde habían dejado la embarcación a su entera satisfacción y mientras se cambiaban de vestimenta, propuso Fox:

—Conozco una cantina donde podemos llegamos, Dunn. Allí hay más sábanas morenas...

—No debemos alejarnos mucho del yate, Fox.

—Está cerca de aquí, hombre. Me estoy refiriendo a la cantina de *madame* Catherine. No me digas que te has olvidado de ella.

—¿Quién puede olvidarse de las succulentas mulatas de *madame* Catherine, Fox?

Bajaron a tierra y caminaron por el muelle en dirección a la cantina de las mulatas.

Apenas se habían distanciado unos veinte metros cuando una explosión horrrisona sonó a sus espaldas.

Se sintieron arrojados por el suelo por una fuerza inaudita y rodaron por el cemento convertidos en peleles.

Cuando por fin pudieron quedar sentados, ambos miraron hacia el lugar donde se había producido la explosión y se quedaron estupefactos de profundo asombro.

Del Delfín Craig sólo quedaban unos restos ardientes sobre las aguas del puerto. Casi la totalidad de la embarcación había volado por los aires.

Fox se rascó la nuca, perplejo.

—Diablos...

CAPÍTULO XI

Dunn y Fox vieron que muchas personas, en su mayoría gente de color, echaban a correr hacia el sitio donde acababa de consumirse lo que aún quedaba del yate.

Entre los que acudían descubrieron a dos policías uniformados que posiblemente estaban rondando cerca de allí al producirse la explosión. Enseguida comenzaron a hacerse dueños de la situación apartando del lugar a los curiosos.

Dunn imprecó una maldición crispados los maxilares.

—¡Inflemos...! Por unos minutos no estamos ahora volando por los aires. Ya te dije que la cosa se pondría fea, ¿no?

Fox empezó a incorporarse sin salir de su estupor.

—Ahora sí que se acabó la singladura.

Al parecer, entre el barullo que se había formado en el muelle, al que no paraba de acudir gente corriendo de todas partes, nadie reparó en ellos dos.

Dunn echó a andar hacia los policías.

Pero de pronto se sintió férreamente sujeto del brazo y la voz jadeante de Barry, inquirió junto a él:

—¿Adónde vas, Dunn?

—Bueno..., habrá que decir a la policía...

—¿Y eso en qué nos ayudará, Dunn? —siguió hablando rápido Barry—. Nada podemos hacer ya por al Delfín Craig. Hay que alejarse de aquí lo antes posible.

—Pero, Barry...

—Mira, Dunn; ir a la policía sólo nos reportaría disgustos y problemas y sobre todo una pérdida de tiempo impresionante. Lo que tenemos que hacer es tratar de echarle el guante a ese canalla de Laffite. Y para eso necesitamos libertad.

Fox murmuró quejumbroso:

—Nos han dejado huérfanos, Barry. Si hubieras visto lo...

—Lo he visto todo, Fox —le cortó su hermano mayor—. Estaba con Marion en la cantina de *madame* Catherine cuando ocurrió la explosión. Me llevé el gran susto porque supuse que vosotros estabais dentro. Hasta que no os he visto...

Marion llegó en aquellos instantes junto a los tres hermanos. Entrecortada la respiración, preguntó:

—¿Qué... ha sucedido?

Barry replicó, áspero:

—Que nos la jugó tu amiguito Laffite, rubia.

Antes de que ella pudiera contestar intervino Fox sujetando de ambos brazos a Barry mirándole fijamente a los ojos.

—Dime una cosa, hermano. Los treinta y cinco mil que te pagaron por adelantado... —observó la expresión que se plasmaba en el semblante de Barry y suplicó—: ¡No me lo digas, Barry!

—Sí, Fox —suspiró su hermano—. Estaban en el Delfín Craig.

Fox soltó una imprecación.

—Podías haberme dicho una mentira piadosa, ¿no? Ahora resulta que nos hemos quedado sin madre y sin papillas para los niños. Maldita suerte la nuestra, conchos.

Barry echó a andar diciendo:

—Vámonos enseguida de aquí.

Emparejándose a él, inquirió Dunn:

—¿Adónde vamos?

Barry señaló hacia unos taxis que llevaban bastante rato estacionados esperando viajeros.

—Cogeremos un taxi. Esperad: aquí hasta que os llame.

Se llegó al primero de la fila adelantándose unos pasos a Marion y sus hermanos. El chófer era un mulato de gran estatura y rostro indolente, como la mayoría de los de su raza.

—Mucho rato sin encochar, ¿eh, amigo? —indagó Barry, mirándole.

El mulato encogió los hombros.

—A esta hora ya se sabe.

—A lo mejor tuviste la suerte de ver hace unos quince minutos a una mujer blanca de cabellos oscuros acompañada de dos hombres. Uno de ellos gordo, de mediana estatura.

El mulato encogió otra vez los hombros.

—A lo mejor.

—¿Tienes idea de todo lo que se puede hacer con cincuenta dólares, Pierre?

Los ojos del moreno se animaron.

—No me llamo Pierre, pero tengo perfecta idea de lo que se puede hacer con ese dinero.

—Me sobran, ¿sabes, Pierre? Y me gustaría dárselos a la persona que nos pueda llevar al mismo sitio que fueron la mujer y los dos fulanos que la acompañaban.

—¿Amigos de ustedes?

—Digamos que conocidos, Pierre.

El mulato desvió la mirada a Marion y los hermanos de Barry. Estuvo mirándoles unos instantes y luego levantó el rostro como si estuviera pensando afanosamente.

—Creo recordar que escuché la dirección que le daban a mi compañero. Yo estaba el segundo de la fila.

Barry extrajo del bolsillo un rollito de billetes y separó unos cuantos.

—Sesenta, Pierre.

—Setenta y dejo que se de el gusto de llamarme Pierre.

—De acuerdo.

Poco después rodaban por una calle vertical al puerto alejándose de él y dijo al chófer mulato:

—Otra cosa, míster.

—Dime, Pierre.

—La policía me hará preguntas, ¿sabe? Esa explosión les hará moverse revolviéndolo todo.

Barry frunció el ceño.

—¿Qué tratas de insinuar, Pierre?

—Que por veinte pavos más seré sordo, mudo y ciego.

—Eres un maldito granuja, Pierre.

—Desde luego, míster. ¿Conviene el trato?

Barry suspiró, tendiendo otros veinte dólares por lo alto del asiento, y el mulato se apresuró en hacerlos desaparecer. A continuación empezó a canturrear entre dientes una cancioncilla criolla.

Ocho minutos más tarde se detenía el taxi frente a un hotel

ubicado en el centro de la ciudad.

—Aquí les trajo mi compañero, míster —informó el mulato—. Escuché al tipo gordo pronunciar el nombre de este hotel. Conozco al encargado de recepción y por treinta dólares más...

Barry le atajó levantando la diestra.

—Ya está bien, sanguijuela.

El mulato enseñó los blancos dientes riendo abiertamente.

—Como quiera, míster.

Los cuatro descendieron del vehículo frente al hotel y aguardó Barry a que arrancara, alejándose. Paseó la mirada a su alrededor y comprobó que no circulaban demasiados transeúntes por la calle en aquellos momentos.

—Antes de que entremos en el hotel, quiero deciros algo, muchachos —dijo a sus hermanos—. Estamos metidos en un fregado de espionaje. En realidad, he debido informaros antes, pero nunca supuse que la cosa llegara tan lejos y no quise preocuparos. Esta mujer que nos acompaña, Marion, es agente especial del FBI.

Dunn y Fox desorbitaron los ojos con asombro.

Finalmente, masculló el pequeño de los Craig:

—Luego resultará que Laffite y Harlam son de la CIA. Por lo que estoy viendo, el único que quedará como espía eres tú, Dunn. Porque yo me tiro al mar y regreso a Miami nadando.

* * *

Barry miró inquisitivamente a Fox.

—¿Qué quieres decir?

Dunn se encargó de responderle echando al mismo tiempo una mirada de soslayo a Marion.

—Que Andrea también dice que es agente del FBI, Barry.

—Estáis bromeando, ¿no?

Ella lo dijo muy seria —aseguró Dunn—. Nos informó que en el despacho del guarro de Nolan estuviste charlando con un tipo llamado Guy Mac Laine. También dijo que debíamos mantenemos alerta al llegar a Puerto Príncipe, porque aquí intentarían acabar con nosotros.

Barryladeó la mirada a Marion, que había palidecido súbitamente y luego volvió a encararse a Dunn.

—¿Eso dijo?

—Seguro, ¿eh, Fox? Y acertó en eso de que nos iban a liquidar en esta cochina ciudad. Por los pelos no lo han conseguido.

Barry permaneció unos segundos dubitativo y a continuación se volvió hacia Marion. La muchacha tenía lívido el semblante y aquello hablaba por sí solo.

—Me has mentido, ¿eh, Marion?

—Barry, te juro...

—¡No jures, rubia! —la atajó Barry, crispados los maxilares—. Es mejor que mantengas la boca cerrada.

Acto seguido dijo a su hermano menor:

—Te quedas aquí con ella y no la pierdas de vista, Fox. Hasta que todo el embrollo se aclare quiero tenerla cerca de mí. Dunn y yo nos llegaremos a indagar en el hotel.

Sin esperar respuesta alguna giró sobre los talones y se encaminó a la entrada del hotel seguido por Dunn.

En el vestíbulo de regulares proporciones sólo se encontraba un tipo metido hasta el cuello en un sillón con un periódico entre las manos. Los dos hermanos se encaminaron rectos al mostrador de recepción, donde un negro de ojos saltones les dedicó una sonrisa.

—¿Una habitación?

Barry habló, tajante:

—Información, Blancanieves.

El sujeto hizo algo que parecía imposible; abrir más los ojos. Los puso en el rostro de Barry y después de unos instantes sacudió la cabeza en lenta negativa.

—Creo que se han confundido.

Barry extrajo el rollito de billetes y apartó unos dólares, depositándolos sobre el mostrador.

—¿Estás seguro de que venimos equivocados?

El negro contempló los billetes con sus grandes ojos y consiguió contar hasta veinticinco dólares. La nuez subió y bajó en su cuello antes de que dijera:

—Ya no estoy tan seguro, míster.

—Sólo deseamos saber si se alojan aquí tres personas.

El recepcionista alargó la oscura diestra hacia los billetes y enseñó los dientes riendo.

—Eso es sencillo. En estos momentos tenemos en el hotel a dieciocho personas exactamente.

Barry pegó un manotazo a la mano alargada y el negro se apresuró a retirarla chupándose los nudillos.

—Tranquilo, Blancanieves. No me interesa el número de clientes que se alojan en el hotel. Me refiero a tres en particular. Una mujer blanca, hermosa y de negros cabellos, y dos fulanos. Uno de ellos gordo y calvo.

El negro se pasó la lengua por los gruesos labios.

—No sé si debo...

—Claro que debes, hombre —aseguró Barry—. Por treinta dólares puedes facilitar una insignificante información.

—Sólo veo veinticinco, míster.

—Y los cinco que agregaré a éstos, ¿qué?

El recepcionista de color no lo pensó más. Treinta dólares constituían una tentación irresistible para él.

—Hace un rato llegaron —dijo—. Les di dos habitaciones en el segundo piso.

—¿Están arriba?

—Los dos hombres se fueron enseguida.

—¿Y la chica?

—Está arriba.

—Venga, hombre —se impacientó Barry—. ¿A qué esperas para decirme el número de habitación, diablos?

—La 204.

Barry dio una cabezada afirmativa y luego dirigió a Dunn una mirada significativa.

—Te quedas aquí esperando, Dunn. Procura entretener con tu amena conversación a nuestro simpático negrito.

—Entiendo, Barry.

—Cuando baje te daré los treinta, ¿okay, Blancanieves?

Barry despreció los servicios del ascensor y subió por la escalera a la segunda planta. Buscó la puerta marcada con el número 204 y pulsó el timbre de llamada.

Nadie respondió.

De pronto reparó en que la madera tenía una pequeña rendija. La puerta estaba abierta y Barry la empujó despacio echando una cautelosa mirada al interior.

Respingó sobresaltado porque a pesar de hallarse de bruces, reconoció a la persona tendida grotescamente en el suelo de

madera.

Era Andrea Lowe.

CAPÍTULO XII

Con una toalla empapada fue restañando Barry cuidadosamente las múltiples heridas que presentaba Andrea Lowe. Estaba todavía con vida, pero le habían propinado una paliza bestial.

Él joven la levantó del suelo estremando los cuidados al percatarse de que la chica aún respiraba. La depositó en el lecho y procedió a abrirle la blusa despasando los primeros botones.

Andrea mostraba una horrible hinchazón en el pómulo derecho que llegaba a cerrarle el ojo del mismo lado. Tenía el labio inferior partido y varios hematomas distribuidos por el cuello y los hombros. Alguien se había ensañado con ella y los ojos de Barry brillaron conteniendo un odio intenso.

Seguía restañando la sangre empleando la toalla mojada con sumo cuidado, cuando ella parpadeó varias veces recuperando el conocimiento de manera paulatina. Por sus mejillas rodaron dos lágrimas hasta la almohada y abrió los ojos haciendo un visible esfuerzo.

Los posó largo rato en el rostro de Barry.

Luego, con infinita dificultad, murmuró:

—Barry...

—No hables, cariño —la atajó el joven, enronquecida la voz—. Procura no pensar en nada ahora.

Ella denegó levemente moviendo la cabeza.

—No... pueden escapar.

—Les atraparé, Andrea —aseguró, convencido, Barry—. Juro que les atraparé aunque tenga que remover cielo y tierra.

Ella se iba recuperando con rapidez. Quizá debido al tremendo esfuerzo que estaba haciendo por lograrlo.

—Soy agente especial del FBI, Barry.

—Lo sé.

—Puedo decirte el chantaje que te hicieron Nolan y Mac Laine —musitó no obstante, Andrea—. Dejaron un paquete de cocaína pegado a la quilla de tu barco.

Barry le sujetó la mano oprimiéndosela suavemente.

—Te creo, Andrea.

—Tienes que impedir que escapen, Barry. Son enemigos de nuestro país y llevan un* secreto de vital importancia.

El joven se daba cuenta de que la muchacha se iba a desmayar de un instante a otro. El esfuerzo que estaba realizando resultaba demasiado poderoso para el estado en que se encontraba.

—Debes... descansar un poco, Andrea.

—No hay tiempo, Barry —musitó la chica cada vez más debilitada la voz—. Tienes que darte prisa antes de que puedan abandonar Haití.

—¿Sabes dónde han ido?

Andrea asintió, moviendo un ápice la cabeza.

—Se han dirigido al este. A una finca situada cerca de Leógane. Pertenece a un francés llamado Paul Fevre y...

Andrea no tuvo fuerzas para seguir hablando.

Su cabeza se dobló a un lado y perdió nuevamente el conocimiento. Barry la estuvo mirando unos segundos crispados los labios, y le pasó la mano acariciándole los negros cabellos en torpe ademán.

Resueltamente abandonó la habitación y descendió al vestíbulo.

Dunn le interrogó con la mirada al verle llegar, pero Barry le cogía del brazo apartándolo de los oídos curiosos del negro de recepción. Le llevó a un rincón del vestíbulo y hablando en voz baja le puso al corriente de lo sucedido.

Dunn apretó, indignado, los puños.

—¡Malditos canallas...!

Barry siguió hablando sin pérdida de tiempo:

—Tienes que quedarte aquí con Andrea y Marion, Dunn. Llama a la Embajada de nuestro país y procura que el negro no llame a la policía a su vez. Alguien vendrá a echarte una mano cuando informes a la Embajada. Fox y yo iremos tras Laffite y Harlam.

—Déjame ir contigo, Barry —pidió vehemente Dunn—. Fox puede encargarse de esto.

Su hermano le puso una mano en el hombro.

—Me fío más de ti, Dunn. Ya conoces a nuestro querido hermanito, ¿no? Sería capaz de armar un follón impresionante.

Dunn tuvo que acceder de mala gana.

Minutos después, abandonaban Barry y Fox el hotel, dejándolo todo en manos de Dunn.

Mientras caminaban iba explicando Barry lo que ocurría a su hermano. Detuvieron un taxi que les condujo de nuevo al puerto.

Allí buscó Barry al mulato que les llevara al hotel rezando interiormente porque el taxista hubiera regresado a su punto de partida después de dejarles.

Respiró aliviado al descubrirle en el penúltimo lugar de la fila de vehículos de alquiler y se dirigió sin titubeos a él.

El mulato se encontraba sentado en el capot del coche y se enderezó sonriendo al verles aproximarse.

—¿Un nuevo viaje, méster?

—¿Puedes encochar a pesar de tener otros delante, Pierre?

—Depende.

—Cien dólares.

—Puedo. Al que rechiste le saco la dentadura, méster.

Barry y Fox se introdujeron en el interior del auto y el mulato lo puso en movimiento sacándolo de la fila. Algunos taxistas protestaron airadamente, pero el mulato no les hizo el menor caso.

—El grupo se queda cada vez con menos unidades, ¿eh, méster?

—Las justas, Pierre. Enfila hacia la carretera de Leógane.

—¿Cómo ha dicho?

—Me has entendido a la primera.

El mulato sonrió sacudiendo la cabeza.

—Lo sabía. ¿Qué se les perdió en Leógane, méster? Lío me diga que los tres pájaros volaron del hotel.

Barry indagó despacio:

—¿Conoces a un tal Paul Fevre, Pierre?

Por el espejo retrovisor vieron ambos hermanos que el chófer respingaba sobresaltado. Torció los labios en un tic nervioso y su rostro cambió de color. De pronto había aparecido una expresión de profundo terror en él.

Acabó pisando el pedal del freno, deteniendo el coche en seco.

—No me llamo Pierre, ¿se ha enterado, méster? Ahora mismo se

bajan y salen pitando.

Barry rió tranquilo sin moverse del asiento.

—¿Qué te pasa, muchacho?

—No quiero llevarlos a ninguna parte. Eso es todo.

—Estás mintiendo, Pierre. Lo que ocurre es que te entró canguelo. ¿Tan importante es ese Fevre, Pierre?

—¡Le he dicho...!

—Ya lo sé, que no te llamas Pierre. ¿Por qué cantidad de dinero estás dispuesto a que te siga llamando por ese nombre?

El mulato gesticuló con las manos.

—Oiga..., ¿es que no lo entiende? No quiero...

—¿Quinientos, Pierre?

El taxista tragó saliva porque de repente se le secó la garganta.

Girado en el asiento y con los ojos muy abiertos, inquirió:

—¿Dijo quinientos o fue un moscón que voló junto a mi oreja, míster?

Barry le mostró los dientes.

—Lo has escuchado muy bien, Pierre. Y no te pedimos que nos lleves a la misma puerta de la finca de Fevre. Bastará que nos indiques a distancia protectora para ti.

El mulato lo pensó brevemente y terminó por mover la cabeza en sentido afirmativo.

—De acuerdo, aunque supongo que estoy loco de atar. ¿Puedo ver los quinientos, míster?

—Cuando acabe todo, Pierre.

—¿Cómo que cuando acabe? Oiga...

Barry aplicó unas palmaditas en la nuca del taxista.

—¿Te engañé en alguna ocasión, Pierre? Ahora nos llevas a la finca de Paul Fevre y esta tarde te pago la deuda. Te doy mi palabra. —Hubo una pequeña pausa y añadió el joven—: ¿A qué esperas para arrancar, Pierre? Vamos, hombre.

CAPÍTULO XIII

Paul Fevre, un individuo de elevada estatura, cabellos ensortijados y tez morena, miró reprobativamente al hombre que se hallaba de pie frente a él.

—No me gustó la forma en que llevó las cosas, Laffite.

Las mejillas de Rick Laffite palidieron, pero en sus pupilas hubo un destello fugaz de cólera contenida.

—Tampoco me gustó a mí lo del helicóptero, señor Fevre. Intentaron acabar con nosotros y estuvieron a punto de conseguirlo.

Paul Fevre rió, irónico.

—¿Y supone que lo ordené yo?

El gordo se pasó el dedo por el cuello sudado de la camisa.

—Los norteamericanos no pudieron hacerlo, señor Fevre. Tenían a una agente introducida entre nosotros y estaban sumamente interesados en los documentos. Tampoco la potencia a la que supongo venderá la mercancía podía ordenarlo. Igual que los yanquis, metieron a una agente en el grupo por si se ahorraban el pago. Pero a Rick Laffite no le engañan fácilmente y las descubrí. Dos mujeres precisamente —hizo una breve pausa y terminó—: ¿Puede decirme alguien más que pudiera estar interesado en acabar con nosotros?

—No sea idiota, Laffite —replicó, áspero, Fevre—. Cualquiera menos yo. ¿Ha olvidado que soy el jefe de la organización y por descontado el más interesado en que los documentos llegaran a mis manos? Recuerde que otras potencias se mostraron interesadas en la adquisición de la mercancía. Posiblemente alguna de ellas pagó a esos tipos al dejarlas nosotros fuera del asunto.

Rick Laffite se pasó la mano por el mentón.

—Puede ser.

—Seguro, Laffite —hizo un breve silencio Paul Fevre y enseguida inquirió—: ¿Quién acabó con Curtis?

Laffite se giró echando una ojeada a Kent Harlam, que se hallaba a su lado.

—Harlam.

—¿Por qué?

El gordo individuo se pasó la lengua por los labios reseco advirtiéndole la dureza que contenían las preguntas de Fevre. Sus ojos miraron de soslayo a los dos fornidos individuos que cruzados los brazos ante el pecho se encontraban a cada lado de la puerta de entrada.

Eran los dos despiadados guardaespaldas de Paul Fevre y asistían silenciosos a la entrevista que se llevaba a cabo en la amplia biblioteca de la finca de recreo. Bastaría un leve gesto de su jefe para que sacaran las pistolas acribillándoles sin misericordia.

La voz dura de Fevre le sacó de su abstracción:

—Estoy esperando, Laffite...

—Bueno... —empezó a decir el gordo—. Cuando Curtis y Harlam fueron al contacto de Nassau para concertar el punto exacto donde teníamos que entregar los documentos, al canalla de Curtis se le ocurrió una marranada y le propuso a Harlam ponerla en práctica.

Paul Fevre arqueó las cejas.

—¿Sí?

—Le dijo a Harlam que teníamos entre manos un buen asunto y que ellos dos podían aprovechar la ocasión de oro que se les ofrecía. Bastaría eliminarme a mí y a las dos chicas escapando después de burlar a los hermanos Craig. Dijo que él sabía la forma de sacarle jugo a la valiosa mercancía.

—Y Harlam prefirió contárselo todo, ¿eh, Laffite?

—Exacto. —Laffite echó una nueva mirada a Harlam y agregó—: Kent es un buen compañero y nos apreciamos mutuamente, señor Fevre. Le siguió la corriente a Curtis, pero me informó de todo.

—Y entonces, usted decidió eliminarle.

El gordo encogió los hombros.

—¿Qué podía hacer, señor Fevre? Tal como estaban las cosas se trataba de él o nosotros. Curtis era un tipo ambicioso y no se hubiera detenido una vez pensada la idea.

Paul Fevre guardó silencio unos instantes, que aprovechó para pegarle fuego a un cigarro. Lanzando una bocanada de humo posó los fríos ojos en Kent Harlam.

—¿Qué dice a todo eso, Harlam?

El atlético rubio tragó saliva.

—Lo que ha dicho Laffite es la pura verdad.

Fevre compuso una mueca sardónica.

—¡Qué iba a decir usted...!

—Le prometo...

—Silencio, Harlam —le cortó Fevre con un seco ademán—. Le hice una pregunta y ya respondió. Sobran las promesas y los comentarios adicionales. ¿Qué ha ocurrido con las dos agentes femeninos, Laffite?

El gordo emitió una nerviosa risita.

—Una de ellas, Marion, ha emprendido un largo viaje en compañía de los hermanos Craig, señor Fevre. Me ocupé personalmente de colocar la suficiente cantidad de explosivo en el lugar adecuado.

—¿Y la americana?

Rick Laffite volvió a ponerse serio.

—Supongo que estará viva aunque la dejamos bastante mal parada. No me atreví a...

Fevre le miró, irónico.

—¿A matarla, Laffite? No me diga que fue por temor a la represalia del FBI. Lo que pasó es que súbitamente se volvió sentimental. ¿Es así, Harlam?

El rubio hubiera preferido que el suelo se abriera tragándose. Sitió un odio repentino hacia Rick Laffite por no haberle dejado liquidar a Andrea Lowe.

Y todo porque la chica se le había metido por el ojo. Se disponía a responder cuando la puerta de la biblioteca se abrió de forma violenta y dos torbellinos penetraron a toda velocidad por el hueco.

Barry Craig gritó a su hermano:

—¡A la cabeza para que no cojeen, Fox!

* * *

Los cinco hombres que se encontraban reunidos en la biblioteca apenas si tuvieron tiempo de reaccionar.

Fox se detuvo bajo el dintel y miró a ambos lados.

Al sujeto situado a la izquierda le soltó un codazo en el hígado y el individuo se encogió bruscamente sintiendo un súbito interés por comprobar el estado de limpieza del suelo. Pero no pudo hacerlo porque Fox levantó alevosamente la rodilla y se la estrelló en el cuello.

El fulano salió disparado hacia una base de madera noble sobre la que se hallaba un busto de Cervantes derribándolo. Y don Miguel se vengó involuntariamente cayéndole encima de la cabeza y dejándolo fuera de combate.

Su compañero llevaba la diestra a la axila velozmente.

Fox sujetó férreamente el codo levantado y tiró hacia arriba hasta escuchar un chasquido, seguido inmediatamente de un alarido surgido de la garganta del dueño del brazo.

Sin soltarlo, le obligó Fox a dar una vuelta sobre sí mismo empujándole con fuerza. Al verle venir por el lado contrario le sacudió el mayor de los Craig un impresionante derechazo al centro de la frente y el tipo se fue volando hacia una vitrina.

Entretanto, Barry siguió a la misma velocidad y cruzó la estancia convertido en un ciclón. Abrió los brazos al pasar junto a Laffite y Harlam, llevándoselos hacia la mesa tras la que se encontraba Paul Fevre.

Sus dos compañeros de viaje rodaron por los suelos.

Barry se percató de que el dueño de la finca abría con frenéticos movimientos un cajón de la mesa escritorio y sospechó las intenciones que tenía.

Por si acaso, se plantó en dos zancadas a su lado contorneando la mesa y le sacudió un patadón al semiabierto cajón cerrándolo violentamente. Con la mano de Fevre dentro, como demostró el aullido de dolor que brotó de la garganta del jefe de la organización.

Kent Harlam se dio más prisa que Laffite en incorporarse.

Pero no le sirvió de nada ya que recibió una tremenda patada de Barry en la boca que lo lanzó por el suelo. Al detenerse junto a un estante de libros empezó a escupir dientes mezclados con sangre.

Barry se desprendió de él aproximándose a Laffite.

Se inclinó sobre el gordo y sujetándolo por la pechera lo levantó del suelo con pasmosa facilidad.

—Ahora voy a darte tinas cuantas pasadas, gordo indecente —rugió a escasa distancia de su rostro—. Una por el yate, otra por Andrea y otra porque me caíste mal desde el primer día que te vi.

Laffite renunció a defenderse y tembló de pies a cabeza.

—Le daré lo que me pida, Craig. Un cheque en blanco...

—Me darás cien mil dólares, pero será después de que acabe contigo, gordo asqueroso.

—Por favor...

—No te preocupes, hombre —rió salvajemente Barry—. No voy a matarte. Sólo quiero romperte unos cuantos huesos.

Y sin compasión comenzó a golpearlo brutalmente.

Buscaba los lugares donde podía hacer más daño al repugnante individuo que pronto se fue convirtiendo en un pingajo humano.

Barry no se detuvo hasta que sintió que una mano en su hombro presionaba con fuerza.

—Ya está bien, Craig. Nosotros nos ocuparemos de él. El joven levantó la cabeza y tardó un rato en reconocer al inspector Guy Mac Laine.

* * *

Dos automóviles rodaban a buena velocidad por la estrecha, pero bien asfaltada carretera de Léogane a Puerto Príncipe. En el primero de ellos iban el inspector Mac Laine y los tres hermanos Craig. En el semblante de Barry se plasmaba la preocupación.

En el segundo coche viajaban dos agentes del FBI vigilando a Paul Fevre, Laffite y Harlam. Los matones de Fevre habían sido abandonados en la finca, bien atados y amordazados.

Para cuando fueron descubiertos, los norteamericanos ya estarían fuera de Haití.

Guy Mac Laine informó a los Craig:

—Una embarcación nos aguarda en cierto punto de la costa. Nos llevará a alta mar donde seremos recogidos por un hidroavión que nos trasladará a Estados Unidos.

Barry miró a Mac Laine.

—¿Y Andrea?

—Nos aguarda en el hidroavión, muchacho —sonrió el federal—. No te preocupes por ella.

Barry continuó hosco:

—Pudo advertirme que era de nuestra banda, ¿no?

—Lo siento, Craig —siguió sonriendo Mac Laine—. No podía hacerlo a pesar de los buenos informes del capitán Nolan. En nuestro oficio es mala cosa dejarse llevar de sentimentalismos. Era preferible que ustedes ignoraran la identidad de Andrea. De esa forma ella podía desenvolverse mucho mejor.

—Ya —masculló Barry—. Se podía desenvolver tan bien que estuvo a punto de costarle la vida.

—Ése es un riesgo que no podemos soslayar las personas que estamos en el contraespionaje, Craig —aseveró Mac Laine—. No podíamos saber que Andrea y Marion habían sido descubiertas por esos espías internacionales.

—¿Dónde está Marion?

Mac Laine encogió los hombros.

—Supongo que intentando abandonar Haití en cualquier vuelo regular. Nada tenemos contra ella aunque nos consta que es espía extranjera. Pero no cometió ningún delito en los Estados Unidos ya que no intervino directamente en el robo de los documentos.

—¿Qué documentos, inspector?

Mac Laine distendió los labios zorrunamente.

—Es mejor que nunca llegue a saberlo, Craig. Debe bastarle saber que se trataba de un secreto de vital importancia. Sabíamos que Laffite era el jefe visible de la organización de espionaje, pero nos faltaba encontrar al cerebro, al hombre capaz de mentar un tinglado de esa envergadura y de vender documentos secretos al mejor postor.

—Paul Fevre, ¿no?

—Exacto.

Dunn intervino preguntando:

—¿Solicitarán la extradición, Mac Laine?

—Nos aguarda un hidroavión en alta mar, ¿no, Dunn? —comentó irónico Barry—. ¿Para qué necesita Mac Laine solicitar nada?

Hubo un silencio y lo rompió el propio Barry inquiriendo:

—¿Cómo nos encontraron, inspector?

—En todo momento les hemos seguido de cerca, Craig. Llegamos al hotel donde esperaban Dunn, Andrea y Marion, segundos después de que usted lo abandonara. Mientras tanto uno de mis chicos

seguía a Laffite y Harlam. Allí..., también fue detenido el contacto de esta gente en Nassau. Explicó muchas cosas el tipo al verse acosado.

Hizo una pausa Mac Laine y terminó:

—Puede decirse que todo acabó bien como en los cuentos rosas, muchachos.

Fox Craig dejó escapar un gruñido:

—¿Y qué me dice de nuestro barcucho, inspector?

—Eso —aprobó Dunn, conduciendo con la mirada puesta en el asfalto—. Lo queríamos como a un hijo, ¿sabe?

—Me hago cargo. Era un buen barco.

Fox apretó los maxilares.

—¿Eso es todo cuanto se le ocurre decir, conchos?

Guy Mac Laine rió abiertamente.

—Miren, muchachos..., mi misión consistía en desarticular a esa banda de espías internacionales y puedo decir que lo he conseguido gracias a la colaboración de ustedes. —Los tres principales encartados, Fevre, Laffite y Harlam, comparecerán ante un tribunal estadounidense y los documentos han sido recuperados. Repito, que con la inestimable ayuda que me han prestado. Se han portado como lobos de mar y sus dentelladas han resultado fatales para esa gente.

Fox lo miró ceñudo.

—Pero el Delfín Craig sigue hundido.

El federal continuó sin prestarle atención:

—Tengo que redactar un informe para mis superiores y desde luego soy un tipo agradecido. Naturalmente no puedo decir que vuestro hermano Barry extrajo unos sesenta mil dólares de la caja fuerte de Paul Fevre y que los tiene en su poder. Y no puedo escribirlo en el informe porque lo ignoro.

Barry Craig dejó escapar un suspiro de alivio.

En el bolsillo tenía sesenta y dos mil dólares, después de pagarle al taxista mulato los mil prometidos. Había suficiente para comprar otro yate y aún sobraría dinero.

* * *

El hidroavión sobrevolaba las Bahamas rumbo a los Estados Unidos.

En su interior, se aproximó Barry a la litera donde descansaba Andrea y alargó el brazo cogiéndole una mano. Ella levantó el rostro hacia él y lo miró unos instantes con el ojo bueno.

Preguntó Barry, suave:

—¿Cómo va eso, nena?

—Me voy encontrando mejor, Barry.

El joven la contempló largamente en silencio. Andrea tenía color violeta una gran parte del rostro, en torno al ojo inflamado. Forzó una sonrisa Barry.

—¿Has presentado ya la dimisión?

Ella compuso una mueca de extrañeza.

—¿La dimisión?

—Desde luego. No quiero que mi esposa sea una agente del FBI y esté constantemente fuera del hogar jugándose la vida. He hablado con Mac Lame y está dispuesto...

Andrea lo interrumpió riendo:

—¿Puedo considerar tus palabras como una declaración. Barry?

—¿Qué crees tú?

—Bueno..., así tan de repente... En estos momentos tengo una facha horrible. Barry.

El joven se inclinó sobre la litera y la besó suavemente en los labios.

—Te recuperaras pronto y volveré a verte como antes, Andrea. Lo importante es que mi esposa no sea una cazadora de espías, ¿estamos? Dime si estás dispuesta a renunciar.

Andrea lo envolvió en una dulce mirada.

—Bésame otra vez, Barry.

—Antes me tienes que responder a...

Pero Andrea se incorporó en la litera y le echó los brazos al cuello besándolo en la boca.

Barry tuvo cuidado de no lastimarla al corresponder a la apasionada caricia.

Y se quedó convencido de que Andrea Lowe presentaría su dimisión como agente del contraespionaje norteamericano.

Viendo cómo se besaban, codeó Fox a su hermano Dunn:

—¿Cómo se las apañará para engatusarlas a todas? A propósito, Dunn... Tenemos que volver a Nassau cualquier día y pedir que nos pongan buenas sábanas en la cania, ¿eh?

FIN

Seudónimo con el que escribe el autor Juan Mora Gutiérrez.